



40424
69

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES.

CAMPUS ARAGÓN

REPORTEAR, SIEMPRE

**INFORME DE DESEMPEÑO PROFESIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN
COMUNICACIÓN Y PERIODISMO
P R E S E N T A :
LUIS ENRIQUE PACHECO MÉNDEZ**

**ASESOR :
DOCTOR: EDGAR LIÑAN ÁVILA**

ESTADO DE MÉXICO, MAYO 2003

**TRABAJADO CON
VALIA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Dedicatoria y agradecimientos	4
Introducción	7
Primera parte: El Día: el oficio de la talacha (1992-1996)	
Las primeras lecciones	11
Hacer de la ortografía mi mujer y, sobre todo, mi amante	14
El reportero más temido	17
De las páginas culturales a un periódico mural una entrevista con Ricardo Garibay	21
De corrector a <i>pegables</i>	27
Segunda parte: El Nacional: anclado en tierra de nadie (1997-1998)	
Los regaños de Lorenzo Ordaz	32
"Debiste escoger otra carrera, hijo"	36
Testigo de una censura: mis días como redactor	39
A la caza de la nota: guardia, susto y ¿notición?	42
29 de septiembre, el último día: crónica de un cierre	46
Tercera parte: Statesman Journal: el amigo americano (2000-2002)	
Desempleado y bajo los dominios del editor Richard Luna	53
Iniciandome en el arte de traducir	56
Historias de rock: Jaguares en Portland	60
2001: apuntes de viajero, una visita a Nueva York	64
México-Croacia, un cuento de fútbol	69
Cuarta parte: Latino Northwest Magazine: los viajes sin fin (2002 y contando)	
¿Quieres ser corresponsal?	75
Tiempos de cambio	78

Monólogo a traición: a la espera de Mario Zavaleta	81
Rumbo a San Francisco: evocando a Hunter S. Thompson	85
Bracero	90
Finale	96

Para Guadalupe Contreras,
y José Luis Pacheco Méndez, Régula Alavez,
Carmen Méndez y Juan Andrés Pacheco
in memoriam

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

A Wilfrido Pínto Pacheco Alavez y Florinda Méndez Contreras, con toda mi admiración, amor y respeto por su generosidad, empeño, sacrificio y ejemplo

A Patty, Pepe, Mané y Hugo, por alentarme a luchar por lo que quiero, por estar ahí, para mí, para conversar y comprender

A Annayanzy y Aldo, con la firme esperanza de que crezcan y sean libres a través de la lectura

A mi asesor Edgar Liñán Ávila, por los libros que me descubrió,
por su paciencia e inagotable apoyo

A Ángel Salgado, por su invaluable ayuda y por persistir todavía en el mágico embrujo de escribir

A Rodolfo Sánchez, Lorenzo Ordaz, Richard Luna, Steve Smith, Grey Montgomery, John Riley,
Mario y Martha Zavaleta y John Woodburn, por demostrarme el valor de la perseverancia

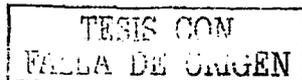
A Pedro González, Rolando Medrano, Adriana Vega, Bernardo Herrera, Alex Davis, Elizabeth
Hardly, Laurence Cruz, Fabián Miranda y Sandra Naomi, por su amistad y confianza

A Renata Susana Vázquez, Norma Leticia Jasso, Yolanda Padilla, Araceli Estrada, Verónica Cruz,
Evelyn Abigail Piña, Adisleydi González, Erika Serrano y Anisley Matos, por la miel, la magia,
las caricias, los adioses y el calor humano compartido; por obsequiarme tantos poemas en los
gloriosos, blanquísimos pliegues de sus cuerpos

A

Paris	Amsterdam	<i>The wings of desire</i>	
<i>Himno a la belleza</i>	Nueva York	Roma	<i>Breaking the waves</i>
Madrid		<i>El remordimiento</i>	
La Habana	<i>Fallen angels</i>	<i>Seven samurais</i>	
<i>Blue velvet</i>	<i>The thing red line</i>	<i>Vérigo</i>	
<i>The third man</i>	San Francisco	<i>Soneto XXXIX</i>	Viena
Portland	<i>Voluptuosidad</i>	Venecia	Frankfurt
	Zürich		Barcelona

esas ciudades, esas películas y esos versos que yacen en mí, alentándome a vivir



*Lianet Hernández Batista,
radiante princesa adorada en los unocheceres insomnes de La Habana:
me diste tanto en tan pocos días.*

*Fue al amanecer juntos bajo un cielo invernal y salpicado de nubes, al verme en las
acuarelas de tus ojos, al resbalar sobre la pendiente de tu piel, y besar tu vientre tibio y
mío y contemplar el bello milagro de tu rostro, fue entonces cuando al fin me sentí en el
centro de mi propia vida y pude entregarte más hondamente todo lo que poseo: la
espuma frágil del amor, mi olvidada ternura, la llamarada de la pasión, mi escritura.*

*Es a ti, a tus labios color granada, a tu cabello rizado por un viento de oro, a
quienes pertenece el febril impulso que me embargó para acometer estas páginas que
algún día, en el Malecón o en Santic Spiritus o en el Coppelia, bajo la fuga sublime de
un atardecer, pondré en tus manos y, llevándote a la sombra de un cocotero, buscaré ese
lento, desnudo, amado olceje de tu boca sin fin.*

*(Qué fugaz se desvanece la noche por el celeste cielo de su piel.
Fantasmas taciturnos, los ojos escarban el sitio donde respira el ser desnudo, inerte,
que comparte tu cama y la pereza de la mañana. Tómallo, goza, a tu vino vesuño de mar.*

Embelleciéndolo, resplandece su melena al levantarse el sol.

Darías tu más alto sueño por contemplar el Mundo desde la verde pradera de sus ojos.

Ahora es tuya esa carne. Acercada leve, impudica, amorosamente.

*Siéntela nuda, entera, correr por tus yemas. Abrele al torbellino de las sensaciones, imprégna tu espíritu
de bondad. Dale vida a tu sangre. Lame, muérd, palpa.*

Adora este instante tan breve y que no volverá.

Lo sabes. Nunca, ni en mil años, volverá.

Recuérdalo.

*Arrasado por el deseo, vuelca tu ebriedad, rompe tu vacío, llena el transcurrir de tus días, cómalos de la
inocencia de esta diosa divina. Pronuncia su nombre con suspiros de silencio.*

Mírala.

Como piedras preciosas, descúbrela la belleza de las palabras.

Arrépolala con la dulzura que aún late en tus manos.

Cuádala.

Despojala del laberinto del llanto.

*Que a tu lado conozca un atardecer lluvioso en las calles de Roma, y París envuelto por la niebla, y el
asombro de la nieve, y la poesía de Kavafis. Entrégale tu alma errante, una rosa,
canciones, algún paisaje de marzo sobre la hoguera del Caribe.*

*Entrégate al fin sin miedo, sin excusas. Quedate sin nada. Rinde a esta mujer tu fortuna y tu derrota, tu
razón y tu locura. Pídele sólo trankar de risas la soledad de tus páginas, y despertar golosa de roces, de
tactos, de olores, y presenciar contigo el perfil oculto de la luna, y descifrarse en las nubes el lenguaje
inventado para los amantes. No esperes nada más. Ni petalos, ni rocío, ni calor. Ni siquiera el vano
consuelo de haberla tenido. Porque vivir es presente. Y en el pasado se cultivan la añoranza, los celos, la
intocada hermosura, la poesía. Se firme. Cuando decida irse, como gaviota de paso, no la detengas.*

Valiente, acepta perderla. Y besa su recuerdo.

Besalo cada día, sin amargura, sin arrepenimientos.

Besalo hasta que llegue el bálsamo del perdón

y en tus labios se cicatricen las heridas del adiós.)

Introducción

Durante mi último año de estancia en el Colegio de Ciencias y Humanidades, plantel Oriente, en 1993, decidí volcar mi impetu y mi pasión y el cúmulo de mi vida sobre las aguas del periodismo. Empero, en casa, una vez enterados de mi elección, no se compartió mi entusiasmo con igual euforia. Mi familia se mostró un poco escéptica, desilusionada y, sobre todo, preocupada por mi porvenir.

-¿De qué vas a vivir cuando concluyas tu carrera, hijo? -preguntó mi padre, un poco abrumado, mientras desayunábamos.

-Quiero ser un reportero, papá. Quiero escribir -respondí.

Fatigado, mi padre miró su reloj y notó que estaba atrasado para irse a trabajar, por lo cual bebió el último sorbo de café y se levantó. Fue al baño, se lavó los dientes y se despidió de mi madre.

Ella se sentó a mi lado y me dijo:

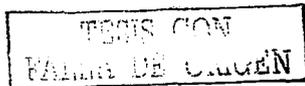
-La vida es para hacer lo que a uno le gusta, mi'jo. Échele ganas.

La abracé y le di un beso en la frente.

Han transcurrido cerca de diez años desde entonces y ahora, a través de mi informe de desempeño profesional, me entusiasma la posibilidad de volver atrás en el tiempo y hacer un repaso, una sucinta evocación de la complejidad que encarna el oficio periodístico: los sinsabores, la pesadumbre, el desánimo, la humillación; pero también el orgullo, el esmero, la dedicación, la entrega. Y, al final, sentir la dichosa certeza de que se eligió lo que uno más ama: escribir.

Sin embargo, a veces esa certeza nunca se presenta.

En parte, debido a la carencia de una adecuada orientación vocacional desde la secundaria y el bachillerato que lleva al estudiante, a la postre, a conocer la frustración, la amargura y la falta de identidad. A ello, añadamos la incapacidad del gobierno de México que, desde hace décadas, ha dado muestras de su ineptitud para ofrecer auténticas oportunidades de desarrollo profesional a los miles de alumnos que cada año egresan sólo para encontrarse con un mercado laboral saturado, con bajos salarios y futuros inciertos, donde el talento y la preparación son valores relegados por el amiguismo, el compadrazgo y los favoritismos.



¿Cuántos compañeros de carrera, hoy en día, han disfrutado la alegría de ejercer el oficio que escogieron? Lamentablemente, pocos. Porque sólo algunos amaban el periodismo y, a pesar de la contrariedad y las ínfulas egocéntricas que pululan en los medios de comunicación, perseveraron y lucharon denodadamente.

Por ello, con mi documento pretendo aportar experiencias, reflexiones y sobre todo historias verosímiles sobre mi propia formación en periódicos y revistas. Mis lectores, estudiantes de periodismo, quizá reafirmen el aprecio por su profesión; aunque, probablemente, algunos acepten que no están dispuestos al sacrificio, el empeño y la paciencia que exige. Y decidan rectificar el rumbo para, con suerte, hallar la actividad que en verdad les provoque respeto, satisfacción y gozo.

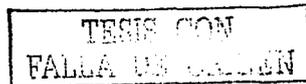
Además, abrazo el informe de desempeño laboral porque me disculpa de ofrecer un trabajo puramente académico, riguroso, rebosante de datos y citas bibliográficas. En cambio, puedo dar mi vuelta de tuerca y entregarme a la escritura de un atrevido mosaico de vivencias, descritas con los atributos literarios de una novela o un relato corto, a fin de hacer un retrato ameno, fiel y profundo de mi propia experiencia periodística.

Hace poco más de cinco años que abandoné las aulas de la ENEP Aragón con el firme propósito de correr por el mundo, ejercer mi vocación y dar vida –desde el vértigo del espacio en blanco y la soledad de una habitación alquilada, y sin más placer que la compañía azulada o nocturna del horizonte– al libro que reuniera y situara aquellas ciudades, aquellos rostros, las voces y los perfumes atrapados por la mirada penetrante, osada y piadosa del reportero.

Sueño inmenso, como debe ser todo sueño concebido en la juventud.

Al leer en la pantalla de la computadora el título de mi trabajo –*Reportear, siempre*–, recobro en un fognazo las tribulaciones y travesías que viví como corrector, editor, redactor, reportero, traductor, fotógrafo y *free-lance*. Y advierto que el sueño se afila, late, se aviva.

Entonces, azuzo mi memoria, me inclino sobre el silencioso ordenador y empiezo a escribir, pensando en los hombres y las mujeres que guiaron y protegieron mis pasos, pidiendo que esas leales figuras, cobijadas por mis recuerdos, todavía deambulen por redacciones, imprentas y oficinas olorosas a café y cigarrillos, asediando el hechizo de la realidad para perfilar y esculpir en otras almas, como lo hicieron en la mía, la pasión por el periodismo.

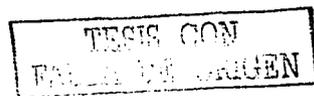


Primera parte

El Día:

el oficio de la talacha

(1992-1996)



Hoy en día no se cuentan los individuos que practican el periodismo sin identificarse con esta profesión o sin haber decidido entregarle plenamente su vida y lo mejor de ellos mismos. Es, para algunos, una especie de hobby, algo que pueden abandonar en cualquier momento para hacer otra cosa. Numerosos periodistas actuales podrían trabajar mañana en una agencia de publicidad y convertirse, pasado mañana, en agentes de cambio.

Antes el periodismo era una misión, no una carrera.

Sin embargo, en las reducciones de algunos periódicos, en ciertos estudios de radio y televisión hay periodistas sensibles y de gran talento, personas que tienen la estima de sus contemporáneos, que consideran que nuestro planeta es un lugar apasionante, que vale la pena que sea conocido, comprendido y salvado.

La mayor parte del tiempo, esos periodistas trabajan dando muestras de abnegación y dedicación, con entusiasmo y espíritu de sacrificio, renunciando a las facilidades, al bienestar, hasta llegar a ignorar su seguridad personal con el único objetivo de dar testimonio del mundo que nos rodea y de la multitud de peligros y esperanzas que entraña.

Ryszard Kapuscinski

El nuevo periodismo si bien a veces parece ficción, no lo es. Es, o debería de ser, tan digno de confianza como el reportaje más directo aunque busque una verdad más amplia que la que se logra a través de la sencilla compilación de los hechos verificables, del uso de las citas textuales y de la adhesión al rígido estilo organizado de la forma más antigua. El nuevo periodismo permite, de hecho reclama, un enfoque más imaginativo del reportaje y permite al escritor introducirse en la narración como hacen muchos, o asumir el papel de observador imparcial, como prefieren otros. Yo incluído.

Trato de seguir a mis personajes sin entrometirme mientras los observo en situaciones reveladoras, anotando sus reacciones y las de los demás ante ellos. Intento integrar toda la escena, el diálogo y el talante, la tensión, el drama, el conflicto y luego procuro plasmarlo todo desde el punto de vista de las personas de las que estoy tratando, revelando el pensamiento de estos individuos mientras los describo.

Gay Talese

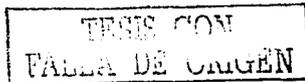
Estoy luchando con una novela (...), la ficción no me deprime como el periodismo. Es más difícil, pero es un trabajo mucho más humano... Hacer dinero con el periodismo no me proporciona alegría. Con suerte, pronto regresaré a la ficción.

Hunter S. Thompson

Cuando las personas hablan hay que escucharlas utentamente; la mayor parte de nosotros no escuchamos nunca y tampoco observamos. Una vez que el reportero aprende a escribir, ha de proponerse transmitir los sentimientos, pasiones, ámbitos y situaciones, humores y desgarraduras, todo, en definitiva, al lector.

Ernest Hemingway

10



Las primeras lecciones

El olor a papel, a tinta, a tarde lluviosa de septiembre se confundía con el estrépito de mis pisadas, mientras, inseguro, apocado, atravesaba la redacción y las rotativas del periódico *El Día* en busca del estrecho salón que albergaba los dominios de Margarita Sánchez, jefa del Departamento de Personal.

Unas horas antes había estado frente a ella, realizando mi examen de ortografía para ingresar como corrector de estilo, y ahora, como la hiedra en una casa abandonada, el nerviosismo hacia presa de mí. "A quién se le ocurre preguntar cuál es la forma adecuada de escribir palabras como *cepasúchil* o *¿zempazúchilt?*, exunción o *¿exhunción?* ¡Diablos!", murmuraba al tiempo que, segundos antes de cruzar el vano de la puerta, me secaba el sudor con los puños de la camisa, acomodaba el odioso nudo de la corbata, trataba de peinarme y ponía en mis labios, de no sé dónde, la sonrisa más exultante.

-Hola de nuevo... Ya regresé... Este... ¿Qué tal me fue?

Desde su escritorio, absorta en el poderoso batir de las teclas que viajaban a una velocidad asombrosa, Margarita levantó la vista de su máquina de escribir, se despojó de los lentes y, lentísima, oí su voz ascendiendo, alcanzándome.

-Aunque tuviste algunos errores, tu prueba fue bastante aceptable. Dime ¿cuándo puedes comenzar a trabajar?

Estupor. Alegría. Gratitud. Mi rostro sonrojándose.

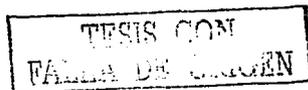
Respiré hondamente. Por la ventana al fondo del salón entreví las agujas de la lluvia, el vaho fríasimo del otoño.

-Esta misma noche, si es posible.

-Hmmm... Aún necesito hacer una serie de trámites, papeleo, número de seguro social, etcétera. Además, tengo que hablar con Rodolfo Sánchez, jefe de corrección. ¿Qué te parece si empiezas el próximo lunes?

-Claro. Hasta pronto. Y gracias.

Casi dichoso, un poco incrédulo aún, avancé hacia la puerta.



-Por cierto -dijo Margarita, sonriendo-, cempasúchilt se escribe con *ce* y *ese*.
Recuérdalo. No es una palabra tan difícil, ¿verdad?

"No pudo oírme. Si apenas fue un susurro. Pero cómo..."; pensé y, avergonzado,
asentí y volví sobre mis pasos.

Afuera del diario, contemplé las calles mojadas resplandeciendo a lo lejos, como
las luces de la ciudad deseada distinguidas con azoro y júbilo desde las ventanillas de un
avión. Algunas farolas alargaban las tenues sombras de los transeúntes de la avenida
Insurgentes Norte. El zumbido de los cláxones se perdía, cóncavo, en la húmeda
penumbra de la noche.

Hundí las manos en los bolsillos del pantalón. Tiritaba. Me dirigí hacia el Metro
Potrero. Extrañé el sol, los haces de luz entibiando los árboles. Anheleé ese calor.

Sin embargo, la pertinaz lluvia me despertó de mis cavilaciones. Busqué el
arrugado boleto y entré en la boca del Metro.

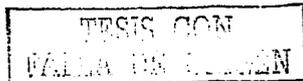
Recuerdo las primeras madrugadas, el desvelo, el arduo aprendizaje al lado de mis
compañeros, la amistad con las palabras y el diccionario. Tenía 18 años. Forjaba el sueño
de convertirme en reportero. Y el mundo contenía ilusiones y belleza. También lealtad.

En la mesa de corrección, Rodolfo Sánchez, mi jefe, no sólo me enseñó a lidiar
con la sintaxis y la gramática paupérrimas de la mayoría de los reporteros, sino sobre
todo a querer las noblezas del oficio: "al trabajar en un periódico comprendes al menos
un poco lo que ocurre a tu alrededor; leer te ayudará a ser un buen corrector y un mejor
ser humano", decía con la sabiduría de la tercera o cuarta taza de café, mientras
revisábamos las editoriales con empeño y prontitud ante la cercanía del cierre de la
edición.

De mediana estatura, el cabello hirsuto, la mirada serena aun en la desesperación,
Rodolfo había abandonado sus estudios en derecho años atrás y había ingresado al
periódico como capturista. Debido a su capacidad, al poco tiempo ascendió a la jefatura
de corrección. A pesar de los sinsabores, él se sentía orgulloso de su labor y de las
personas que trabajábamos a su lado.

"Siempre estamos contra la pared -aseguraba-, si salvas una página o mejoras un
párrafo nadie te da las gracias. En cambio, cuidado si no viste ese *dedazo* o no advertiste
un error ortográfico: te crucificarán vivo".

Pero los errores, añadía, son parte de la formación de todo corrector y de aquel
que se atreva a vivir.



En una ocasión, revisando una nota de cultura me tropecé con la palabra marfil. Por un momento dudé. ¿Acaso no le faltaba el acento? ¿Era aguda o grave? Vacilé. Apenas habían transcurrido un par de días desde mi llegada a *El Día* y, sin razón, temía consultar el diccionario por vergüenza a que mis compañeros Carlos, don Ulises y Esteban creyeran que yo no contaba con los conocimientos suficientes. La cabeza me daba vueltas. Miré a Rodolfo, sentado frente a mí. Titubeé. Guardé silencio. Y mi orgullo predominó. Ignoré el diccionario. Finalmente, decidí colocar la tilde sobre la *i*, concluí de leer el artículo y firmé la galera.

En seguida, el señor Elpidio, con más de 20 años de experiencia como capturista y responsable del texto, acudió con Rodolfo.

-Buenas noches, jóvenes -saludó.

-Qué tal -respondimos al unísono.

-Rodolfo, me parece que hay una leve equivocación. La palabra marfil no lleva acento. ¿Verdad?

-No, no se acentúa. Muchachos, ¿quién corrigió esa nota?

-Yo, señor -dije, apenado, cabizbajo

-Bien, gracias -el señor Elpidio sonrió con sarcasmo y regresó a su computadora.

-Cuando tengas dudas -la voz de Rodolfo se agrió- consulta el diccionario o pregúntanos, Luis. Para aprender es necesaria la sencillez y admitir que no lo sabemos todo.

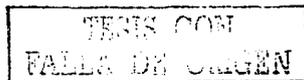
-Perdón, pondré más atención.

-Es parte del proceso -intervino Carlos-, siéntete libre y con la confianza de acercarte a nosotros.

-Gracias, así lo haré.

Me sentía abrumado. Me puse de pie y fui al baño. Frente al espejo, lloré. Eran lágrimas de rabia, vergüenza, impotencia. Me lamentaba por haberme equivocado, por haberme dejado vencer por la presunción. Las primeras lecciones son las más severas, las más dolorosas, las que perduran y sobreviven al olvido. Sólo en las brumas de la pesadumbre, si vislumbramos la humildad, podemos acariciar los cielos altísimos de la sabiduría.

Antes de regresar, me mojé el rostro y arrojé al excusado el peso de la soberbia.



Hacer de la ortografía mi mujer y, sobre todo, mi amante

A veces en las páginas de los libros, en el arranque de una canción o en los relatos en voz alta que nos hacían nuestros abuelos, entrevemos o nos es delatada nuestra identidad futura. Los rasgos y gestos que nos definirán con la misma certeza que el color de los ojos o la forma de la boca.

De ese modo actuaron en mí las palabras del decano periodista Humberto Mussacchio en el aire ingravido del salón Humberto Jara, en las instalaciones de *El Día*, durante el breve taller de redacción y guiños sintácticos impartido por el conocido articulista en el invierno de 1993:

-En ustedes, jóvenes correctores, recae la responsabilidad de hacer buenos lectores. Por eso, la ortografía debe estar en sus vidas con la misma importancia de su mujer o su amante.

Veo a Rodolfo inclinado sobre una mesa, reflexivo, escribiendo; don Ulises no aparta la mirada de Mussacchio, como si sólo él ocupara el espacio cerrado del salón; a su lado, Carlos saca un cigarro y busca en su abrigo el sonido metálico del encendedor. Más allá, Esteban sonríe con un gesto de rechazo, como si la afirmación de Mussacchio adoleciera de la solidez de las cosas reales.

-Parece que usted discrepa de mi opinión. ¿Cuál es su nombre? -dice Mussacchio, inquisitivo.

- Me llamo Esteban. Y, honestamente, me parece que comparar la ortografía con una mujer es exagerado.

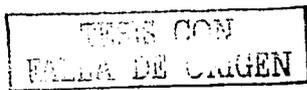
-¿Tiene novia o está casado?

-Tengo novia.

-¿La quiere?

-Sí.

-Bien. ¿Y qué le provoca la ortografía?



-Dolor de cabeza, enfado, estrés. Pero también alegría y agrado.

-Las mismas emociones que crea una mujer. ¿Ya ve?

Todos reímos, incluido Esteban.

Durante el receso del taller, me acerqué y, a boca jarro, le pregunté a Mussacchio:

-¿Y qué sucede si no está ese sentimiento hacia la ortografía, hacia la escritura? Porque en todas partes hay muchas cosas que no se hacen por gusto, por elección.

Mussacchio me miró con condescendencia y respondió:

-Esteban, al igual que tú, son jóvenes y deben hacer las cosas creyendo en ellas. El periodismo está plagado de vicios y prácticas deshonestas, donde se carece de auténtico disfrute por el oficio que se realiza.

-Acabo de ingresar a la carrera de periodismo y estoy aprendiendo el oficio. Y hasta ahora he visto que son los reporteros los primeros ~~en~~ ~~despreciable~~ que hacen.

-Lo sé -añadió-, si alguna vez decides ser reportero hazlo no por dinero o poder, porque tal vez no tengas ninguno de ellos, sino porque eso te llena, te sacia, porque te sientes feliz de ser un reportero, a pesar de la friega que representa.

-Haré lo posible por recordar sus palabras -prometi.

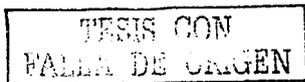
-Anótalas. El mérito es que en 20 años no seas lo que hoy detestas.

Despacio, Mussacchio regresó al salón y continuó con el taller. Mientras, yo pensaba en los objetos, los sonidos, los pequeños símbolos que nos explican mejor el manantial caudaloso de nuestra biografía y labran y fortalecen el acto desvelado de escribir.

Horas después, se despidió.

Lo vi irse con la melancolía que a veces nos sacude a los veinte años en la búsqueda sagaz de los héroes o los maestros que no desmientan ni humillen la devoción creciente por la palabra escrita.

Nunca más volvería a conversar con él.



Sin embargo, hace unos días, al revisar ciertos papeles de la universidad en una empolvada caja de cartón, en medio de boletos de autobús, fotografías de mujeres que ya no recuerdo, guantes de beisbol y libros, encontré un descolorido cuaderno de apuntes. Al abrirlo, hallé la voz y la doctrina de Mussacchio, aún indelebles después de casi diez años.

Bruscamente, como regresando del sueño en una noche fría y ventosa, conocí la dolencia de las cosas casi perdidas. Supe que el azar pende sobre nosotros, delineando el sendero de nuestra vida, tendiéndonos trampas o resarciéndonos del daño inmisericorde con que nos desgasta el tiempo.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

El reportero más temido

Era una noche calurosa de marzo, la luna escarbaba soledad en el pozo del cielo y las joyas de las estrellas brillaban a través de la seda de las nubes. El viento olía a yerba, a fruta madura. La primavera se tendía sobre las copas de los árboles, coloreándolas y vistiéndolas de flores, y aguardaba los íntimos besos bajo la agazapada sombra. En un rincón de la amplia sala de linotipistas, habitada por el aroma del café y el humo de los cigarrros, Esteban, soñoliento, cansado, despotricaba y maldecía su suerte. En media hora había leído cuatro notas del reportero más temido por la mesa de corrección: Raúl H. Andonaegui.

Pero, como reza el dicho, nunca hay quinto malo. Bueno, a veces.

-¡Carajo!, otra vez. No, por Dios. ¡No sé quién le dijo a este tipo que se dedicara al periodismo! -tronó Esteban.

Don Ulises frunció el ceño, achicó los ojos y se llevó las manos a la profusa oscuridad de su barba, como si estudiara la conveniencia de ayudar a Esteban, entregándole el hermoso artículo que leía de Ernesto Sábato sobre la muerte de Juan Carlos Onetti, a cambio de, como solía decirnos, los *mumotretos* de Andonaegui.

-A ver, hijo, dame tu galera. Ya has sufrido demasiado. No quiero que después de un derrame cerebral.

-¿Está seguro?

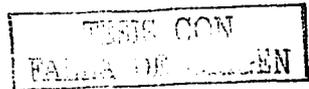
-Claro, creo que me he topado con cosas peores.

-Si usted lo dice, don Ulises. Se lo agradezco.

Veinte minutos después, luego de una exhaustiva y minuciosa revisión, don Ulises dio cuenta de la nota. Echó un vistazo: comas, puntos y aparte, acentos, sinónimos, uso de mayúsculas y acrónimos, ... Estaba impresionado. Nunca había visto una galera cubierta por tantos rayones rojos y azules. Don Ulises, aventure, no corrigió la nota: la rehizo.

Empero, Sofia Venegas, quien capturó el texto, reaccionó muy diferente.

-Señor Ulises, si yo tan sólo transcribo, por favor usted no quiera convertirse en profesor de español a costa mía.



-Discúlpeme, pero esa nota era un asco.

-Lo sé. Debería de decirle eso a quien la escribió, no a mí.

-Tal vez tenga razón.

No obstante, don Ulises no se encaminó hacia la redacción, sino que tan sólo tomó otra galera y continuó trabajando. No era un hombre conflictivo, ni le gustaba discrepar o enredarse en discusiones absurdas. Él sabía que Andonaegui no iba a mejorar su redacción, aunque contratara al mejor profesor de lengua española, porque no sentía pasión por la escritura.

Taciturno, lector empedernido, admirador de Alfred Hitchcock, devoto de Conan Doyle y Robert Louis Stevenson, don Ulises vivía con su hermana y su cuñado en la colonia Alamos. A sus 42 años de edad, descreía del matrimonio. Aunque bastaba la mirada verdemar de una mujer para sumirlo de súbito en la felicidad.

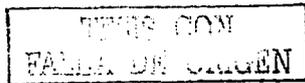
Los jueves, su día de descanso, asistía a la Sociedad General de Escritores de México (Sogem), donde alimentaba la ilusión de hacerse cuentista y, algún día, publicar y rozar la aventura de atravesar el Atlántico.

A veces conversábamos de literatura en la vieja camioneta *Huchiban* propiedad del periódico, en la cual capturistas, correctores, formadores, editores o reporteros de guardia eran transportados hasta sus casas por el chofer don José, luego de encargar con tesón y valentía el cierre de la edición que, en ocasiones, se prolongaba hasta las tres de la mañana.

Sin embargo, el desvelo y el desgano se desvanecían cuando escuchábamos a don Ulises hablar de Borges o Rulfo o del extraordinario narrador brasileño Rubem Fonseca, cuyo cuento "Paseo nocturno" le había sido descubierto por Oscar de la Borbolla, profesor de la Sogem, unas semanas atrás.

Yo atendía esa voz engolosinada de ficción y pudor que entretejía ante mí no sólo la invención de una historia, sino de una existencia desconocida y ambicionada desde la hondura de mi conciencia y mi identidad. En la madrugada aún adolescente, mientras cruzábamos el Viaducto o el Periférico o Avenida Insurgentes, yo me ensimismaba con los relatos de don Ulises, anulando el vacío y la quietud de las calles, y la vida adquiría gratitud y fidelidad detrás de esa voz familiar al cabo de unos minutos, y, al fin, ya no solitaria en la ansiedad de unos ojos que la reclamaban y la exaltaban.

Más tarde, don Ulises me obsequió *La casa de las bellas durmientes*, de Yasunari Kawabata, agregando una nota brevísima:



• "Estudias periodismo y te estimo, y mi deber, como amigo, es decirte que debes leer. Y mucho. Pero no te mientas. Si encuentras pretextos para no hacerlo o te gana la pereza, es porque simplemente la escritura no es tu vocación. Eso tampoco es malo. Abandónala. Sigue tu búsqueda, paciente. Sé honesto. Pronto sabrás quién eres y qué quieres de la vida. El mayor engaño es continuar o persistir en algo que has dejado de amar o que nunca amaste. Hay que aprender a decir adiós antes de herirnos irremediablemente".

Existen paisajes, rostros, ciudades, palabras que alumbran las galerías más recónditas de nuestra memoria y nos llenan de júbilo en la derrota, en el desaliento, en la duda que acude y cimbra la promesa sobre el destino que hemos elegido. Recobrando esas imágenes, esos daguerrotipos de los claroscuros de nuestras vidas, también recuperamos el fuego y la avidez de buscar y contar historias para, una vez más, envolver el bolígrafo, inclinarnos y besar la alegría de vivir.

Aún me parece ver la cara descompuesta, casi desencajada de Andonaegui, quien, iracundo, se queja con Rodolfo de los cambios que anoche se realizaron a una nota suya y que, al parecer, se efectuaron en la mesa de corrección.

Con la camisa arremangada sobre los brazos, los mocasines lustrosos y el cigarro entre los dedos, Andonaegui usa las manos como aspas y se desgañita hasta la ronquera.

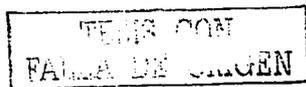
-¿Cómo pudo suceder esto, Rodolfo? Si quieren, mejor les digo lo que pretendo decir y ustedes redactan la nota. Tienen que respetar y únicamente ocuparse de acentitos y cosas como mayúsculas o alguna errata del capturista. Me parece que...

Rodolfo enrojecía rápidamente, transpiraba a chorros, pero, sin perder el control, seguía la dichacharería de Adonaegui. De pronto, estalló.

-Tendrían que otorgarnos bonos o un aumento salarial, Raúl, por atrevernos a leer una sola nota tuya. Para ser honestos, eres uno de los reporteros con más carencias que he conocido. No estás enterado de las más simples reglas de puntuación. Deberías darnos las gracias, sobre todo a don Ulises, por haber impedido que en la edición de este día apareciera una nota malísima bajo tu firma.

Pinceladas de hielo o piedra perfilaban los gestos adustos de Andonaegui. Linotipistas y correctores esperábamos, expectantes, la continuación de este combate titánico. Sin embargo, tan sólo obtuvimos una rotunda afrenta.

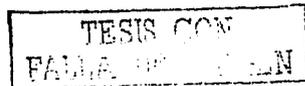
-¡Váyanse al carajo! -vociferó y puso pies en polvorosa.



Impávido, Rodolfo encendió el ventilador y se sirvió un vaso de agua. Sorbió algunos tragos. Tomó asiento. Carlos, Esteban, don Ulises y yo lo mirábamos, interrogantes. Ningún murmullo, empero, emanó de sus labios.

-Rodolfo yo... -titubeó don Ulises.

-Está bien. No pasa nada. Desde hace mucho quería hablarle con franqueza a Raúl. Me siento muy satisfecho, muchachos. Bueno, a trabajar. Tenemos un periódico por corregir.



De las páginas culturales a un periódico mural: una entrevista con Ricardo Garibay

Desde la primera oportunidad en que lei a Ricardo Garibay, en el verano imborrable de 1993, supe que sería una influencia leal, dichosa y permanente en mi vida, en el modo en que me asomo al mundo y escribo versos y prefiguro la trama de una novela, pero también en la manera devastadora en que sucumbo a la tentación de imaginar la realidad a través del reportaje.

En la prosa de Garibay, hallé los dones y los atributos para atreverme a perseverar en la ensoñación de escribir y hacerme reportero, profundicé mi gusto por los viajes, por comprender la pluralidad de las vidas que conforman el sitio único donde vivimos y mirarlo con gratitud y compasión.

Durante cerca de tres años cultivé la esperanza de acercarme a Garibay, de quien sólo sabía que residía en Cuernavaca, para platicar ampliamente acerca de los entusiasmos y los desencantos que embarga su literatura y, de igual modo, de su experiencia como decano colaborador en diarios y revistas de México.

Por ello, en octubre de 1995 —todavía me desempeñaba como corrector— entré en el sobrio y elegante despacho de Verónica Flores Aguilar, responsable de la sección cultural, para solicitarle el número telefónico o la dirección del autor de *Beber un cáltz*, *Verde Maira* y *Triste domingo*, entre otras novelas.

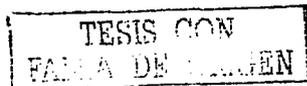
Verónica convino en otorgarme la información que le pedí aunque, sorprendida por mi petición, inquirió:

—Supongo que quieres entrevistarlo. ¿Se trata de algún encargo de la universidad? ¿O acaso piensas ofrecérmela para publicarla? Digo, si consigues que Garibay acceda a recibirte.

No había sarcasmo en sus preguntas; tal vez sí incredulidad y recelo.

—Es una encomienda personal. Pretendo poner un ladrillo más en mi construcción como reportero y escritor. Pero te agradecería muchísimo que me tendieras la mano y, si tienes un poco de espacio y te gusta mi texto, lo publicarás. Aunque antes debo conseguir que Garibay acepte mi visita.

Distante, las manos unidas e inmóviles sobre el escritorio, Verónica intentó no comprometerse.



-La semana entrante viene muy cargada. *Tengo* que insertar publicidad de Conaculta, reseñas pagadas del Fondo de Cultura Económica y estoy esperando unas notas de Comunicación Social del Estado de Guanajuato, por el Festival Cervantino. Además, no contamos con dinero para pagar artículos especiales. En fin, no te prometo nada: ya veremos, ya veremos.

-Esto no lo hago por dinero, ¿comprendes? Es por gusto, por un afán de aprender.

-Son raras las cosas que uno hace por gusto, Luis.

-Lo sé, ésta, para mí, es una de ellas.

Verónica encogió los brazos, buscó su agenda y, después de rayonear algunos números y datos sobre un trozo de papel, se disculpó por no poder atenderme más tiempo, pero tenía que darse prisa y concluir el diseño de su sección, así como ocuparse de algunos pies de foto porque, dijo, era una noche muy fría y quería llegar temprano a casa.

Al cabo de una semana, me comuniqué vía telefónica con el literato, quien estuvo de acuerdo en la realización de la entrevista. Días después, compré mi boleto hacia Cuernavaca en la Central Camionera del Sur, en Tasqueña.

Llegué. Luego de setenta y cinco minutos untado al asiento del autobús, más diez de perderme en las calles empedradas de Cuernavaca. Sí. Llegué.

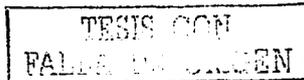
En el aire, la canícula, el calor filtrándose en la piel, como un virus enfebrecido, locuaz. En el suelo, los higos paridos por las ramas. A ras del cielo, los nubarrones negrísimos, los cerros verdísimos -reuniéndose- copulan. Los empuja el viento dulzón y mojado de octubre.

Jalo el cordón. La campana tañe, rítmica. Dos minutos después se abre el zaguán. Encogida, frágil, la esposa del escritor sonríe. "Está arriba, suba por favor".

El jardín, el ojo azulísimo de la alberca, el gruñir de los perros, la paz arbolada del derredor. La casa de Garibay.

Ya en el umbral del corredor, lo distingo tras la puerta envidriada. Entro.

Garibay: una guayabera, un pantalón gris, guaraches oscuros, la piel bruniada. Y el cabello pelicano y húmedo echado hacia atrás, afilando aún más las líneas de la frente.



Está al teléfono. Rígido, baritono el cariz de su voz.

—¡Jálese unas sillas y no raspe los muebles! —ordena imperioso, batiendo la mano.

Garibay conversa con su amiga Lourdes Parga en relación con unas fotografías y la redacción de un texto que le solicita el estado de Hidalgo. Asiente y fuma, de rojo, me vigila, me observa. Estudiándome.

Apocado, me hundo en el asiento.

—...sí, ha llegado un joven por lo de una entrevista... pero vamos a ver, ¿cuántas cuartillas? ¡Ah, leñe!, pues sí es bastantito. Hija mía, es lindo el encargo, acaso valdría la pena. Ta bien, ta bien... Sí pues, sí pues... Nos llamamos más tarde para ponernos de acuerdo.

Cuelga. Me presento. Alza el rostro enjuto. El gris y el verde nitido de sus ojos se avispán. Iracundo, suelta hacia mí:

—¡Le dije que a mediodía y llega a las dos de la tarde! ¡Leñe! He cancelado una comida para recibirlo. Estoy aquí desde las seis de la mañana, escribiendo y leyendo. Ya es hora de comer, y además hay que responder a una entrevista precacordada con *Los Angeles Times*, a las tonterías de los periodistas gringos... Pero venga, pues.

Enciendo la grabadora. Pongo en el escritorio una libreta. Sudo a granel. Garibay oye la primera pregunta absurda, imbécil, sobre su encuentro con la literatura.

—Cuento muy viejo, qué otra cosa.

Vacilo.

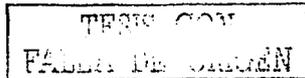
Me siento estúpido y amedrentado, cobardemente giro la mirada y la detengo en el ventanal grandísimo. La punta de la fronda tiembla, roza el rimel azul cobalto del párpado del cielo. Lo pincela.

—... usted dejó la Facultad de Derecho y... —me interrumpe, zarandea los brazos, como cuchillas, como hojas azotadas por un vendaval.

—Espéreme. Es que ahorita ya no tengo calma. ¡Las dos de la tarde! Tengo que escribir otro artículo periodístico... ¿Vino en coche?

—No, don Ricardo.

—¿Qué podemos hacer? Ahorita no tengo paciencia para contestarle. No tendría caso. Le respondería con monosílabos.



Ya más reflexivo, continúa:

—Se trata de hacer una buena entrevista que le sirva de algo. ¡Caray! Lo que puedo hacer es: uno, ponerlo en un taxi y pedirle que vuelva otro día; dos, irme a comer y dejarlo aquí, esperando, pero no, no puedo hacer eso; tres, que vaya a comer a un restaurante y regrese en dos horas.

De pronto, elige la primera opción y llama a su esposa.

—¡Mujer, pídemme un taxi para este joven!

Angustiado, perdido, juego mi última carta.

—¡No, don Ricardo, estaré de vuelta en dos horas! —grito, lacerándome la garganta desierta.

—Bien —responde, un poco asustado por la exigencia—, pero yo pago el taxi.

—No es necesario, de verdad...

—Nada, ¡coño!, aquí se hace lo que yo digo y basta. A ver, pásame esa bolsa —de una especie de carpeta, Garibay extrae dos billetes de diez pesos y los extiende sobre el café refulgente del escritorio—, ya casi no tengo un centavo, todo se lo doy a esa vieja que es mi mujer, ella se lo gasta o hace lo que quiere con él. Pero algo guardo, algo guardo. ¡Je, je je!

Garibay ríe. Muestra los dientes blancos, parejos. Después, se pone de pie. Camina detrás de mí. Abre la puerta. Salimos.

En el rosado polígono que dibujan las ramas de los árboles, se ensancha el trino de los pájaros; allá, en los límites del jardín, se mecen los abetos, los pinos altísimos.

—Vaya a comer algo y lo espero aquí a las cuatro en punto.

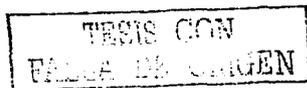
—Sí, don Ricardo, aquí estaré.

Mientras bajo por los escalones, bonachón, Garibay me suelta una palmada sobre la espalda. ¡Diablos, cómo duele!

Luego, apenado, se disculpa.

—Y una cosa más. ¿me perdona?

Cabeceo, atónito.



-Ya; vaya pues.

Abro el zaguán. Tras mis pasos, encorvada y ennoblecida, la silueta de Garibay me contempla, condescendiente, humanísima.

Llega el taxi. Las llantas derrapan. Dejo el sopor allá, en el número 7 de la calle Cerrada de León Salinas, en el estudio ahora en silencio de Ricardo Garibay.

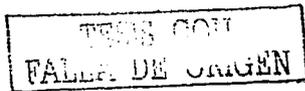
Cortinas de polvo. Luciérnagas entre los arbustos. Música de grillos. Anochece sobre la carretera. El autobús se estremecía al disminuir la velocidad para acometer una curva. Luego de conversar durante dos horas con Garibay y de embelesarme con la joya del crepúsculo, me dirigía hacia el frenesí de la ciudad de México. En el camino, revivía las gesticulaciones de Garibay, la luz de sus ideas, el amor por su oficio.

Recordaba, sobre todo, el miedo, los silencios, la pausas coagulándose en su mirada nítida, casi transparente, luego de escuchar la pregunta última, inevitable:

"La muerte... Sí. La muerte... Es una palabra atroz. Pienso en ella con insoportable frecuencia. A la edad de los jóvenes, el ser humano es inmortal. La juventud es muy hermosa, es esbelta, es fuerte, es delgada, es poderosa. Los jóvenes no piensan en la muerte, ni la consideran ni la entienden. A mi edad, la muerte comienza por ser una constante de preocupación y temor. Los suicidios se cometen a la edad de los jóvenes, no a la edad mía. Tengo 73 años. Y se necesita que la carga sea verdaderamente intolerable para que un hombre de mi edad cometa un suicidio. En cambio, basta el vuelo de una libélula para que uno de ustedes se suicide. Así es esto. Los jóvenes, en la medida en que son inmortales y no entienden lo que es la muerte, se quitan la vida con facilidad. Acá no, ya se sabe lo que es la vida y se le teme a la muerte. Mucho".

Apenas arribar a la central camionera, abordé el Metro. Al llegar al periódico, don Ulises y Rodolfo se extrañaron de verme, ya que era mi día de descanso. Les conté los vericuetos de mi travesía: el desconcierto, los regaños, el aprendizaje, la felicidad. Rieron.

En seguida busqué una computadora y transcribí las grabaciones. Al día siguiente, me ocupé en darle tono, estilo y forma al mar de palabras que danzaban en mis dedos. A pesar de la extensión de mi trabajo, cerca de ocho cuartillas, decidí entregárselo a Verónica para que hiciera sugerencias y correcciones, subrayándole mi petición—casi una súplica—de que publicara el artículo.



Sin embargo, una semana después, ya que no recibía ninguna respuesta, subí a las oficinas de la sección cultural.

—Qué tal, Verónica, ¿tienes un minuto?

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Ya leíste la entrevista?

—Sí, tiene cosas buenas, pero es muy larga. Quizá la imprimamos en unos meses, en algún suplemento especial. No lo sé. Tendría que hacerle muchos cambios. En unos días, voy a tomar mis vacaciones. Cuando regrese platicamos otra vez. ¿Okey?

—Hmmmm, eso significa, imagino, que no la vas a publicar.

—Tal vez sí, tal vez no, Luis. Yo creí que escribirías una entrevista y me parece que lo que hiciste fue un relato literario. Mira, ando un poco ajetreada. Cuando vuelva me buscas y hablamos del tema con más calma.

(Al salir, pensé en lo que me había dicho Garibay acerca de las diferencias y las semejanzas entre el periodismo y la literatura:

“El periodismo es hoy, el periodismo es la piel de los días. Hay que ser superficial y veloz. La noticia se acaba todos los días. No hay nada tan viejo como el periódico de ayer. La literatura es la permanencia, el sosiego, la calma, la penetración en la condición humana, la reunión de las palabras bajo la especie de la belleza. Y ésa no pasa. Nunca. El amor, el talento y la disciplina son las tres grandes condiciones para hacerse escritor. En el periodismo, hay que nadar contra la corriente, sobrevivir al desdén, a la amargura de la gente acostumbrada al boletín. Sin embargo, ambos oficios, las letras o el reportear, requieren tozudez, alma fuerte y persistencia. Ojalá tú, Luis, sigas por donde vas”).

Con los puños cerrados, el ceño arrugado y mi artículo bajo el brazo —sin una sola anotación, sugerencia o indicación— regresé a la mesa de corrección.

No obstante, la entrevista se difundió.

Un grupo de estudiantes del sexto semestre de la carrera de comunicación, en la ENEP Aragón, artesanos en ciernes del verbo y la metáfora, con ímpetu y devoción, diseñó, conformó, dio nombre y pensamiento a *La Tumba de las Letras*, un periódico mural que cada lunes, en la planta baja del edificio de periodismo, sembraba poesías, reseñas literarias, cuentos, reportajes, fotoperiodismo y caricatura política.

Ahí, en una mañana brumosa de principios de noviembre, en ese querido sepulcro pulido por cartulinas y diurex, las palabras de Garibay se salvaron del vacío, la desmemoria y el naufragio para adquirir sonoridad y orgullo y contundez tras el pálido vestido de la madrugada y la desgarradura del amanecer.

De corrector a pegacables

Me veo en un espejismo de sombras y voces, de caras gastadas por el desvelo y el cansancio, sentado frente a la computadora, corriendo hacia el fax, revisando los cables de *DPA*, *FEE* y *AP*, volviendo al teclado para fijar las palabras que se acerquen a la explicación del mundo, a la complejidad de los sucesos que parecen ocurrir en lugares fuera de mi alcance y mi imaginación y que de un modo misterioso alientan mis ganas de viajar, Beirut, Jerusalén, Londres, Bruselas, Atenas, las ciudades tan cóncavas, poseedoras de un nombre que las circunda y las insta en un tiempo violento, agitado, donde la muerte surge como el personaje principal de las portadas de los diarios.

Yolanda Yebra, mi jefa en el Departamento de Internacionales, discutía con Ángel Aguilar, jefe de Redacción, el espacio del que disponíamos para el atentado terrorista en Israel que había cobrado la vida de más de 20 niños en una escuela citadina.

—Al menos necesito media plana para lo de Israel —dijo mi jefa.

—Me parece bien. Además, quiero un breve resumen, media cuartilla tal vez. Va a ir en la primera plana, en la parte inferior —respondió Ángel.

—María Eugenia ya se ocupó de la plana de América Latina y Alejandra está por terminar la sección de Europa. Acabo de entregar las notas sobre África —añadió Yolanda.

—¿Luis va a encargarse de lo del atentado? —continuó Ángel.

—Así es. Tiene muy buena ortografía y se está haciendo un buen redactor. Lo hará bien —concluyó ella.

Era un invierno ventoso y gélido de 1996, y yo, responsable de la sección Medio Oriente-Asia, aguardaba las indicaciones de Yolanda, consciente de la noche insomne que me esperaba, de mi impotente dependencia al fax y a los molestos cambios de última hora.

Luego de mi paso por la mesa de corrección, arribé a Internacionales con el objetivo de seguir aprendiendo, demostrar empeño y esmero para, más tarde, obtener una oportunidad como reportero en las áreas de nacionales o metrópoli.

En la vida como en el periodismo existen escalones, senderos a veces demasiado pronunciados que es necesario recorrerlos para ascender allí donde el aire es más

respirable, donde al fin alcancemos un poco de libertad, una porción pura de espacio creativo, limpiando nuestra escritura de citas textuales y frases desgastadas de tanto uso, congeladas por el miedo a adentrarnos más hondamente en la belleza de las palabras.

No hablo de utopías ni de victorias pírricas o la desidia que engendra el talento, sino de fracasos, de derrotas, de horas de penuria atreviéndonos a luchar con nuestras propias carencias en el lenguaje, a evitar los caminos repetidos, a dejarnos vencer por la invitación amorosa que anida en las palabras.

"La escritura no es una esposa paciente, sino una amante celosa, posesiva. Si dejas de mirarla, te abandona", dijo el poeta español José María Álvarez. Repitiendo esos versos en la desolada sala de Internacionales, yo encontraba el coraje para no ceder a la adversidad ni al letargo de la pereza y rompía mis notas sin arrepentimiento, tan erráticas y abundantes en redundancias, y las reescribía una y otra vez. Porque un reportero, siempre, es un escritor. Porque el periodismo se hace en las calles, con la gente; no en las aulas o detrás de un escritorio o desde un teléfono celular.

—Bueno, Luis, aquí está la información completa acerca del atentado, número de muertos y heridos, declaraciones gubernamentales, etcétera. Quiero una buena entrada, fuerte, *política*, con las reacciones del primer ministro israelí. Si te atoras o tienes alguna pregunta, me hablas a casa. ¿Está bien?

—Sí, Yolanda. Ya tengo la fotografía y también redacté gran parte de la nota, aunque no estoy muy convencido del primer párrafo. Voy a trabajar en eso.

—Por favor, no te enredes tanto. Algo sencillo, común, no trates de hacer inventos. Simplemente, transcribe lo que dicen los cables, un poco de puntuación. Y listo. Vete a casa temprano, Luis.

—Nos vemos mañana, Yolanda.

—Bye.

La mirada de nuevo contando no desde el pudor con que mejoramos los recuerdos, sino desde la unanimidad rotunda de la memoria, en el asidero donde se ciñen los auctos que en cierta medida nos salvan, la imagen dibujándose en las orillas de una madrugada sin nubes de diciembre, apoderándose lentamente del papel en blanco, dotándolo de una voz y un lugar precisos en la geografía de mi vida.

Estoy de pie, fumando, advirtiendo sin disgusto el desorden de mi pelo reflejado en las cristaleras de la redacción, volviendo la mirada hacia el monitor encendido de la computadora, eligiendo y rechazando en seguida las palabras que reúnan y expresen lo que importa y quiero contar, el tiempo azuzándome a declinar y dejarlo todo, pero no me

rindo, me niego a convertirme en un simple *pegacables*, en una sombra más del periódico, una sombra que camina, respira y aturde su conciencia de desdén y banalidad.

De este modo, en lugar de la sola presentación de los hechos, me atrevi a pergueñar un relato menos político y más humano, a imaginar la realidad para hacer del lector un cómplice que no me abandonara tras leer las dos primeras líneas de la nota; por ello, comencé con una narración fiel a las declaraciones de una mujer israelí, cuyo hijo había muerto durante el atentado.

Aquí reproduzco ese primer párrafo:

JERUSALEN. - El sol despuntaba detrás de las colinas de la ciudad cuando Na'im Yazbik despertó a su hijo, Abraham, de 8 años, con la acostumbrada ternura de cada mañana para ir a la escuela. El niño rezongó, volvió al embazo y al calor de las sábanas, pero terminó cediendo ante la insistencia de su madre. Ambos desayunaron el pan, la leche y las manzanas que había en la mesa. Dejaron la casa sonriendo, tomados de la mano. Mucho antes que Na'im Yazbik, Abraham distinguió a lo lejos el tejado rojizo de la escuela. Ambos se despidieron con prisa en el vano del zaguán escolar, besándose las mejillas, sin imaginar que apuraban las últimas caricias que compartirían juntos, porque dos horas después una bomba del grupo terrorista Hezbolláh destruiría al colegio y a las vidas de 26 niños, entre ellas la del risueño Abraham.

Al día siguiente, Yolanda se apostó detrás de mi mesa de trabajo, estaba con los brazos cruzados. Lucía furiosa.

-Fui muy específica acerca de qué quería, Luis. Los demás diarios le dieron más relevancia al aspecto político, mientras que nosotros, bueno..., parecía que estábamos en una revista literaria. Y éste es un periódico. Los hechos son los que importan.

-Hacer periodismo implica ser humanos, Yolanda. A esa madre israelí y a quienes han conocido la tragedia de perder un hijo con tanta brutalidad, no les importa los datos, las estadísticas, la retórica de los líderes políticos.

-No creo que pienses de esa forma en unos cuantos años.

-Yolanda, aún tengo mucho por aprender, pero aunque el destino baraja nuestras cartas somos nosotros quienes jugamos, quienes decidimos en qué queremos convertirnos.

-Bueno, si quieres hacer literatura, aléjate del periodismo. Tienes talento, eso no lo cuestiono, pero creo que estás equivocando el rumbo.

-Eso lo aclarará el tiempo. Nada tan contundente como las verdades del tiempo.

Segunda parte

El Nacional:

anclado en tierra de nadie

(1997-1998)

Escribir es un acto solitario, un ejercicio en el que uno pone en juego lo más escondido de sí mismo, lo mejor y lo peor que tiene, lo más heroico y también a veces, dolorosamente, lo más vergonzoso. Pero ese acto solitario, ese placer o ese dolor que tiene lugar en una habitación cerrada en la que nadie puede acompañarnos se convierte luego, misteriosamente, en el vínculo más estrecho que nos allía a los desconocidos. Escribiendo uno encuentra a sus semejantes, que pueden vivir al mismo tiempo que él y también no haber nacido, que pueden estar en su misma ciudad y también en un país a donde uno no irá nunca. Da igual que nos impulse a escribir el amor, la soledad, el miedo, el dolor, la felicidad o la rabia si lo escrito tiene la virtud de alcanzarnos. Da igual para quién se escriba, porque mientras la pluma se desliza sobre el papel o los dedos sobre el teclado, uno estará solo. Da igual escribir con orgullo para uno mismo porque si nuestro trabajo vale algo procederá de lo que tenemos íntimamente en común con los desconocidos.

Antonio Muñoz Molina

-Me tienen hecha una cruda llevando y trayendo recados. Puedo traducir francés, puedo reportear, o suplencias o la guardia aunque sea una joda. Que me den la oportunidad y que me vaya al carajo si no puedo, pero déjenme demostrar que soy o que no soy una estúpida. Todos suben y yo me voy quedando. Ya sólo siento que me dejan cruzar la puerta del periódico sólo por... por... no sé por qué. Digo, pienso, ¿qué quieren? ¿Nalga? Carajo, que me lo digan, está bien, se las doy, pero siquiera saber que a cambio me van a permitir reportear, ganarme la pinche vida. Lo que pas es que son tan poca cosa que ni pedir las saben, me lleva a mí la chingada!

Y ahí estaba yo, mirando a Maira, parada a medio pasillo -qué hermosa a través del cristal de reportajes extranjeros- jugando con toda su alma al periodismo.

Ricardo Garibay

A nadie puede maravillarle que el primero de los elementos, el fuego, no abunde en el libro de un hombre de ochenta y tantos años. Una reina, en la hora de su muerte, dice que es fuego y aire; yo suelo sentir que soy tierra, cansada tierra. Sigo, sin embargo, escribiendo. ¿Qué otra suerte me queda, que otra hermosa suerte me queda?

Jorge Luis Borges

Escribir es un acto de compasión, un acto de amor, y lo hago mirando hacia adentro, humildemente, con inocencia y cinismo, aunque el destino del artista es vivir una vida imperfecta: el triunfo como un episodio; el fracaso como verdadero y supremo fin.

Juan Carlos Onetti

Levantarse, estar sobre mis propios pies, mirar a la vida a los ojos, tal como es, no temer nada, ver venir la muerte en el otro con la misma compostura que en mí mismo; conocer todas las cosas de la vida y tenerme a mí mismo como una sola cosa en esta vida; escribir, hacer trabajos con mis manos y con mi frente ofrecer la mente; despreciar toda cobardía y respetar a todo hombre valiente... Así he vivido, quizá crudamente, pero libre y abierto. No me avergüenzo de mi vida. Así como fue, fue mía.

Jack London

Igual que Balzac, Dostoievski y Zola, no puedo controlar mi fascinación por la realidad.

Norman Mailer

31

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

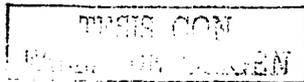
Los regaños de Lorenzo Ordaz

Lo conocí en *El Día*, en la redacción del suplemento *Metrópoli*. Al principio, Lorenzo Ordaz era odiado por los reporteros novatos por la severidad con que los moldeaba, por su falta de indulgencia contra los yerros ortográficos o el retraso en la entrega de una nota. Sin embargo, con el tiempo, esos mismos reporteros se convertían en sus discípulos más fieles, al comprender la determinación con que Ordaz les explicaba, con regaños y risas y relatos y desvelos, lo que ninguna escuela les descubriría: escribir es un arte que sólo se posee con horas-nalgas, horas gozosas o pendencieras sentado frente a la máquina de escribir o la computadora. Ordaz fue un gran formador de periodistas en *El Día* y nunca entendí por qué lo dejaron irse. Tal vez porque, a veces, la ingratitud es olvido y la desmemoria nos arrastra y nos envilece.

A pesar de sus 44 años, Ordaz padecía una calvicie avanzada e irremediable que le envejecía el rostro sonrosado, ablandado por una sonrisa franca, limpia de miedo. Además, sufría una afección auditiva, por lo cual requería de una pequeña prótesis para escuchar mejor. Tenía la complexión de un hombre atlético, sin duda aficionado al ejercicio en los años mozos.

Lo evoco caminando hacia su pequeño cubículo, casi al fondo de la redacción, vistiendo pantalones de mezclilla y camisa de manga larga, sin saco ni corbata, su andar lentísimo para permitir a los ojos casi minúsculos y penetrantes indagar lo que le ofrecía el mundo. "En la forma con que prestas tu mirada a la realidad, te adentras en la verdad de las cosas", me dijo la última vez que conversamos, poco antes del cierre de *El Nacional*. Su voz se balanceaba como el péndulo de un reloj antiguo, a ratos se enardecía o se aquietaba en un murmullo sordo. "Todo -insistió-, absolutamente todo, está en los ojos. También el amor. Cuando te enamores, a la mujer de tu vida la mirarás hondamente, y ya no podrás vivir si no es en esa mirada perruna, bondadosa, que amanece en tu alma, lamiéndola de luz". En ocasiones, discutíamos acerca del futuro del país, viciado por la corrupción y esclavizado a la televisión y la mediocridad. Acabábamos desilusionados, con rabia. Como una afrenta personal, le lastimaba el desparpajo, el derroche, la ignorancia.

No éramos amigos. Nunca lo fuimos. Porque siempre lo vi como un instructor, un mentor periodístico. Lo respetaba demasiado. El respeto limitado e impidió la amistad. Pero hubo una cálida aproximación antes de que nuestras vidas tomaran rumbos muy distintos. Se preocupaba por mí, me criticaba mi ingenuidad. "El periodismo -gruñía- es cruel y tú debes endurecerte, pero alojando, protegiendo la dulzura, las emociones que te hacen humano y te permitirán escribir".



Aprendí tanto como pude de él. No hay fórmulas o recetas para hacerse reportero, uno lee y conversa y observa y viaja y escribe. Y arroja al papel dolor, valentía, odio, soledad, vida.

En octubre de 1996, Ordaz renunció a *El Día* y se incorporó al diario *El Nacional* para encargarse de la edición del suplemento *Salud*. Meses después, yo también dejé *El Día*. Sin dudarlo, me dirigí a la colonia Tabacalera, en la delegación Cuauhtémoc, donde se ubicaban las instalaciones de *El Nacional*. Luego de la espera y las preguntas rutinarias, el personal de seguridad me permitió subir a la oficina de Ordaz, en el tercer piso del edificio del rotativo.

La puerta estaba entreabierta. Distinguí diversos recortes de periódico esparcidos en el escritorio. Las paredes enaladas estaban huérfanas de fotos o cuadros de paisajes coloridos. Por la ventana, la luz aceitunada del mediodía derramaba su ternura y engrandecía la dimensión de las cosas. Detrás de una pila de periódicos, Ordaz se levantó. Nos saludamos. Sin dilaciones, le expliqué que buscaba trabajo. Podía, le expliqué, corregir, ayudar en la redacción o reportear. Me ofreció colaborar en reportajes informativos para el suplemento que él coordinaba.

—El sueldo es malo, pero es mejor que nada. Trescientos pesos por reportaje. Más adelante podrías auxiliar en labores de redacción —las cejas de Ordaz se arqueaban, lastimadas por la iluminación profusa del cuarto y la brillantez adolescente de la primavera—, ¿qué me contestas?

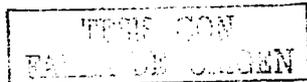
—Pues acepto. Gracias. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana mismo te asigno tu primera investigación. ¿Ya terminaste la universidad?

—No, me falta el último semestre.

—Bueno, espero que tu redacción haya mejorado. Como sea, prepárate para mis regaños. Conmigo, no valen las excusas ni las tonterías que aprenden en la escuela. Ya lo verás.

Atravesé la ciudad en busca del psiquiatra Ernesto Sánchez Villalobos, cuyo consultorio particular se localizaba en la lujosa zona del Pedregal. Ordaz me había encomendado un reportaje sobre la neurosis, pero no quería entrevistas con integrantes del sector salud gubernamental porque, recalcó, teníamos que proporcionar información más precisa y actualizada. "El apoyo que brinda el Estado a la salud pública es insignificante. Estoy convencido que en el ramo particular podremos brindar mejores detalles a nuestros lectores", dijo.



Reparé en las calles empedradas, las fachadas de cristales polarizados, los automóviles BMW, Mercedes Benz, Mustang. Los contrastes tan notorios dentro de una misma ciudad. La pobreza extrema y una abundancia que apabulla, que casi ofende. Niños vendiendo chicles en las esquinas, a un lado de hoteles y empresas rimbombantes.

Finalmente, llegué al consultorio. El doctor me esperaba. Conversamos durante dos horas. Estadísticas. Síntomas. Medicamentos. Rehabilitaciones. Al día siguiente, acudí a un centro especial para personas neuróticas, en Insurgentes Sur. Entrevisté a algunos internos y averigüé datos en relación con el preocupante crecimiento de la neurosis en la ciudad de México.

Entonces, al contar con la suficiente información para darle forma al reportaje, me aboqué a escribirlo. Al concluir, me presenté ante Ordaz con un legajo de diez páginas.

-A ver, vamos a revisar lo que hiciste -su voz había rozado los matices de un juez.

Se puso los lentes y empezó a leer; en seguida, tomó su pluma y comenzó a rayonear, tachar y hacer anotaciones. Gesticulaba, resoplaba, echaba un vistazo hacia mí y ladeaba la cabeza. A veces, se detenía en algún párrafo, lo leía en voz alta, reflexionaba, llevándose la mano a la barbilla y, a final de cuentas, agregaba más "sugerencias".

Entretanto, yo me hundía en el respaldo de la silla, recordando el desvelo de la noche anterior, maldiciendo en silencio tantas horas desperdiciadas en comas, puntos y aparte y sinónimos. A pesar de estar enterado del riguroso estilo de Ordaz en la corrección de los trabajos, no esperaba una muestra tan temeraria de severidad: ninguna, sí, ni una sola de las diez hojas quedó sana ni salva.

-Debes ser más directo. Usar frases cortas. Nunca olvides al lector ni de qué estás escribiendo. Se trata de un reportaje in-for-ma-ti-vo.

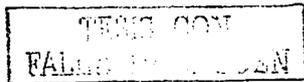
Arrastró las sílabas con énfasis y, clavándose su gélida mirada, sentenció:

-Reescribelo.

Enmudecí.

Tres días después, regresé con el texto completamente rehecho. Y, una vez más, ante mi mirada atónita, lo llenó de correcciones o, más bien, lo hizo pedazos.

-Reescribelo otra vez -ordenó minutos más tarde. Y esa fue la única palabra que brotó de su boca. Nada más.



De inmediato, se olvidó de mi presencia y siguió trabajando en su computadora. Salí furioso, sin entender qué diablos quería Ordaz de mí. En casa, al leer sus notas, advertí que me exigía más capacidad de síntesis a través de oraciones breves. "Pule tu redacción, carajo", escribió, iracundo, en una nota final.

En los siguientes días, me sentí enfermo de tanto soñar la maldita información, de no pensar más que en términos médicos y datos estadísticos. Creo que inclusive yo mismo estaba a punto de convertirme en un neurótico de tanto adentrarme en las características de esa enfermedad.

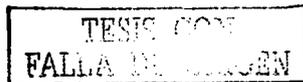
Llevaba cerca de un mes inmerso en ese reportaje, escribiéndolo una y otra vez. Estaba exhausto y con infinitos deseos de mandar todo al demonio. Pero tenía que demostrarme a mí mismo que podía seguir adelante. A como diera lugar. Necesitaba vencer mis torpezas y triunfar en mi infatigable lucha con el lenguaje y no desesperar por los regaños de Ordaz, por su férrea docencia.

Sin esperanzas, volví a la colonia Tabacalera. Le tendí el texto a Ordaz, mirándolo con súplica y sumisión. Con lentitud asesina, inició la escrupulosa lectura.

Luego de eternos minutos, puso los ojos en mí.

-Bien. Se ve un poco mejor. Déjamelos. Háblame en unos días para tu nueva asignación. Y, por favor, aprende a disciplinar tu redacción porque, de lo contrario, no vas a llegar a ninguna parte.

Suspiré, aliviado.



“Debiste estudiar otra cosa, hijo”

Los meses transcurrieron, y yo persistía en aprender de los consejos de Ordaz. Publicaba dos reportajes por mes y las *reescrituras* y llamadas de atención eran más esporádicas. Había terminado mis estudios en la ENEP Aragón. Trataba, como muchos amigos y compañeros de generación, de abrirme paso y labrarme un porvenir en el periodismo. Afán arduo, sin duda.

Un día, Ordaz me comunicó que *El Nacional* solicitaba un redactor y, si yo estaba disponible y podía continuar cumpliendo con los reportajes para el suplemento *Salud*, él extendería una amplia recomendación para que yo ocupara la plaza vacante.

—De algún modo te lo prometí. Si te interesa, ve a la oficina de David Guzmán Díaz, jefe de Información. Hace unas horas hablamos acerca de ti. Él cree que puedes serle útil. Y no me des las gracias. Porque no es un favor. Para ti es más trabajo. Espero que no decaigas, sino que tu estilo se perfeccione.

—Gracias...

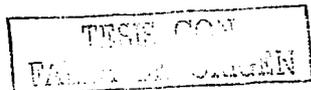
—Ya vete, ándale.

No le gustaba la más mínima muestra de gratitud hacia él. Prefería mantener su fama de ogro despiadado y malhumorado. Pero ni remotamente logró su objetivo. Al menos, no conmigo.

Porque todavía, esté donde esté, continuó diciéndole *gracias*.

David Guzmán Díaz, su vida siempre en los márgenes de la pobreza.

Ante la ausencia de la figura materna, su padre, un denodado zapatero, le enseñó el valor del esfuerzo y la perseverancia. Desde niño trabajó cargando las pesadas bolsas, llenas de comestibles, de las señoras que acudían al mercado de su colonia. Vendió dulces. Limpió mesas en restaurantes atestados de ratas. El azar lo llevó a ser repartidor de periódico durante las mañanas, antes de echarse un cubetazo de agua en el cuerpo enflaquecido y, sin alimento en el estómago, correr hacia la primaria. Creció. Se aplicó y consiguió convertirse en auxiliar de maquinista, en las viejas rotativas de *El Nacional*.



De ahí, ascendió a capturista y luego, como la espuma del champagne, subió de redactor a reportero de la fuente policiaca. Ebrio, ufano, David Guzmán Díaz avanzaba, rudo, por el organigrama de *El Nacional* y vislumbraba un futuro prometedor. Pero ni él mismo supo en qué instante ese porvenir se pudrió, enviándolo y llevándolo a desdorar el oficio que alguna vez colmó sus entrañas.

Sin embargo, algo pudo salvar en el naufragio de su fugaz carrera hacia el estrellato reporteril: la jefatura de Información. Desde su pírrico salvavidas, adúlaba, servía y se humillaba o golpeaba con tal de conservar su coto de poder.

Al verlo en su confortable oficina, su rostro sudando copiosamente por la excesiva calefacción, sentado en un lujoso sillón de piel, diciendo impropiedades a un reportero a través del teléfono ("Si no consigues esa publicidad, cabrón, te quito la fuente y te vas a la chingada. ¿Me escuchaste, grandísimo pendejo!"), advertí sin dolencia el sopor de sus 60 años de edad. Y, aun cuando me esmeré, no pude percibir en sus ojos ni siquiera una chispa de sus años de luz cuando, para muchos, era considerado un gran reportero, cuyo estilo, decían los más entusiastas, semejaba a Ernest Hemingway.

Pocos periodistas desechan la ambición del escritorio esperándolos cada mediodía, viéndolos llegar con el traje de corte inglés, nuevo, apenas arrugado por la poca movilidad que exige mirar televisión y atender el teléfono, labores "delicadísimas", que, por supuesto, les impide salir a la calle en busca de historias.

David Guzmán Díaz, claro, no fue la excepción y mordió esa dulce manzana, personificando su papel con sublime talento. Su mayor virtud, empero, eran los monólogos.

Le fascinaba escucharse a sí mismo.

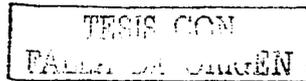
—Tú debes ser Luis, el reportero de *Salud*.

Había concluido su conversación telefónica y ahora se aflojaba el nudo de la corbata de seda y doblaba los puños de la camisa blanca, impecable. El cabello, envaselinado a granel, se rebelaba en el centro de la cabeza simiesca.

—Ya hable con Ordaz. Parece que él tiene fe en ti. Yo pienso que debiste estudiar otra cosa, hijo. Pero en fin... Cada vez más jóvenes quieren ser periodistas porque imaginan que van a salir en la tele o que su voz deleitará a millones de personas a través de la radio. Y hay otros, los peores, que se espantan de la corrupción en los periódicos. Pinches santos...

—Me parece que...

—No me importa lo que pienses. Tú te ocuparás de labores de redacción, cabeceo



de notas y, posiblemente, alguna que otra guardia nocturna. Eso es todo, ahora debo concentrarme en cosas más importantes. Xóchitl Castañeda será tu jefa, repórtate con ella mañana por la noche.

El teléfono repiqueteó. Era la directora del diario, Enriqueta Cabrera Cuarón. La voz de Guzmán Díaz se suavizó, casi terciopelo expulsaba su boca.

-Sí, doña Enriqueta. Desde luego que en esta edición resaltaremos el desempeño de su amiga, la secretaria Rosario Green, como lo acordamos en la reunión de mediodía. No tiene por qué preocuparse.

Colgó.

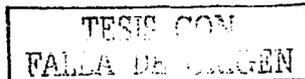
-Pinche vieja, cómo le gusta fregar -masculló, sin verme, borrándome desde hacía tiempo de su memoria. De pronto, me miró con extrañeza, como si fuera una aparición dantesca.

-¿¡Todavía no te vas!?

-Necesito saber...

-Lo que sea, háblalo con Xóchitl.

En sus gestos, Guzmán Díaz cumplía el aforismo del filósofo francés Michel de Montaigne: "El despotismo es un flagelo que irrumpe y envenena el aire".



Testigo de una censura: mis días como redactor

Eran mis días dorados.

Vivía con verdadero disfrute la doble satisfacción de publicar en el suplemento de Ordaz y también, diariamente, al caer la tarde, entrar en la trajinada redacción de *El Nacional*. Con ciertas variaciones, mis responsabilidades en el diario terminaban poco antes de la medianoche, por lo cual, con pasos veloces y envuelto en las sombras, me encaminaba hacia el Metro Hidalgo para volver a casa.

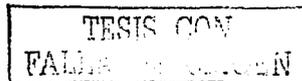
Entre los redactores, yo, con 23 años, era el más joven. Ricardo, Samuel, Alberto, César y nuestra jefa, Xóchilt, contaban con amplia experiencia. Cada uno de ellos tenía en su haber más de 10 años inmerso en el ámbito de los medios impresos, aunque siempre en labores de redacción y corrección.

De todos, Alberto era el más introvertido. Su cabello pelicano profundizaba su seriedad. Parco y puntual –por inequívoca regla era el primero de nosotros en llegar–, se inclinaba por las notas deportivas, en especial las referentes a la tauromaquia.

Él, Alberto, fue uno de lo más optimistas cuando, a mediados de 1998, se pagaron rumores acerca de tiempos de mayor apertura en el tabloide.

Obviamente, como vocero gubernamental, *El Nacional* centraba su contenido informativo en las labores del Presidente de la República y de las diferentes secretarías de Estado; sin embargo, esto afectaba con creces su credibilidad –uno de los lastres que había arrastrado por décadas. En un país plagado de protestas sociales, denuncias de corrupción y políticas económicas que empobrecían a más mexicanos, a *El Nacional* le urgía un cambio drástico: divulgar en sus páginas las preocupaciones sociales y educativas, culturales y demográficas y exhibir sin disimulos los proliferantes abusos y ejemplos de nepotismo en los círculos del poder.

Así lo habían planteado varios reporteros ante los directivos del periódico, expresando sin tapujos sus deseos de dar una *vuelta de tuerca* hacia el interior del diario. A pesar de haberse acordado insertar esos cambios *lentamente*, la prueba de fuego le correspondió a Arturo Parra Rosales, un audaz reportero, quien, tras acuciosas pesquisas, había reunido información detallada acerca de la colusión de magistrados de la ciudad de México con el narcotráfico. Empero, al exponerla en una respida junta, se le prohibió tajantemente realizar mayores investigaciones, ya que la publicación de su artículo sería censurada.



En una acalorada discusión, que se alargó hasta los pasillos de la redacción, Parra Rosales antepuso la veracidad de sus *fuentes* y recalcó que él asumiría cualquier desmentido o ataque. Pero sus argumentos siempre chocaban con el subdirector Javier Martín Miranda, quien se negaba a seguir debatiendo el asunto.

-¡Olvídalo, Arturo! ¡Es imposible! Apenas publicar esa denuncia, tú, yo y más personas estaríamos en la calle.

-¡Creí que habíamos convenido empezar cosas nuevas, Javier!

Las voces subían de tono alarmantemente. Todos tenían la vista fija en esos dos hombres y esperábamos, expectantes.

-¡Entiende!, Arturo, que esta decisión me rebasa y no me compete a mí.

-¡Lo único que comprendo es que mis esfuerzos y mis investigaciones se están yendo a la mierda!

-Nadie te ordenó que lo hicieras.

-¡Carajo!, soy un reportero, Javier, tengo iniciativa. ¡Pero a ustedes eso les vale madre!

-Con eso no consigues nada, tranquilízate y entra en mi oficina.

-No tiene caso. Lo que quieren es tener a su lado boletíneros y buscadores de publicidad.

-Arturo, por favor...

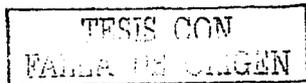
-¡He aguantado mucho, Javier! Mucho. Pero ya me di cuenta que nada va a cambiar aquí.

-¿Quieres renunciar? ¿Eso es lo que estás buscando? ¿Vas a ir a otro periódico a ofrecer tu información?

-No pretendo nada. Ya estoy asqueado. La misma mierda todos los días, las notas y boletines sin trascendencia.

-Fíjate en lo que estás diciendo, Arturo. ¡Cálmate, demonios!

-¿Alguna vez te has sentido libre, Javier, verdaderamente libre de ejercer tu profesión de periodista?



-¿Qué?, ¿qué...? ¿De qué diablos estás hablando?

-Llevo seis años partiéndome el lomo como bestia y nunca, jamás, he podido escribir con libertad.

-...

El subdirector guardaba silencio, enmudecía.

-¿Me oíste, Javier?

-Haz lo que quieras, si deseas largarte no voy a detenerte.

Al decir esto, Martín Miranda avanzó hacia su oficina con el rostro desenchajado, descompuesto, y se encerró.

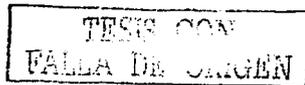
Nadie advirtió en qué momento Parra Rosales se desprendió de su gafete de reportero, lo dobló y caminó hacia la oficina del subdirector. Ahí, poniéndose en cuncillitas, dejó el maltrecho trozo de plástico a los pies de la puerta. Se levantó, fue a su escritorio por su viejo y querido portafolio y salió del periódico sin despedirse de nadie.

Cobardemente, no me atreví a detenerlo y decirle que estaba orgulloso de él.

Nunca volví a ver a Parra Rosales.

Dos años después, en Salem, Estados Unidos, donde yo residía, revisando algunos periódicos mexicanos por internet, me enteré que Parra Rosales había muerto en un accidente carretero mientras se dirigía a visitar a sus padres, en Guanajuato.

En un instante, sin advertirlo, la vida se nos vuelca en las vértebras y nos inhabilita a eludir los finales atroces.



A la caza de la nota: guardia, susto y ¿notición?

Tenia una gripe marca diablo y era mi noche de guardia. No se esperaban grandes cosas, ya que era domingo. Y los domingos los políticos no hacen nada –bueno el resto de la semana tampoco es que estén muy ocupados. De modo que anduve curioseando por aquí y por allá. Revisando periódicos, revistas, Pendiente del teléfono. A pesar de que la guardia debería corresponderle a un reportero, durante los fines de semana se permitía que los redactores la hicieran, pues generalmente eran días relajados, *fiáveis*. No era la primera vez que se me asignaba y, en efecto, había podido comprobar que *casí* no ocurría nada: accidentes automovilísticos, robos, crímenes violentos, secuestros a alcaldes, detención de narcotraficantes...

Me toqué la frente: ardía. Tal vez 38 ó 40 grados de fiebre.

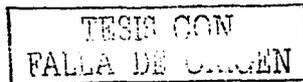
Pero algo me decía que ésta *sí* iba a ser una guardia sin mayores aspavientos. Encendí el televisor. Nada en los noticiarios. Prendí la radio. Música romántica, Jazz, Cumbias. Ninguna interrupción a la sosa programación dirigida a los radioescuchas. El mundo giraba en paz. Sin embargo, no quise confiarme. Hombre, qué pensarían de mí si algo vital sucedía y, por dormirme en mis laureles, la noticia del año se me escabullía por las manos. Así que firme, sin vacilar, levanté la bocina y llamé a los bomberos, a la policía, a algunas delegaciones y a cuantas fuentes conocía.

"Buenas noches, soy tal y tal. Hablo del periódico fulano. ¿Hay alguna novedad? ¿Cero problemas? ¿Todo bien? *Okay*", no voy a negar que mi voz contenía cierto tono soñoliento y aburrido, pero es que, hay que ser comprensivo, luego de repetir veinte o treinta veces la misma muletilla uno termina mareado y espantándose los bostezos.

En esas andaba cuando me dije que sería buena idea ir a visitar al jefe de Redacción, Eduardo Cimontes, para reiterarle que el planeta Tierra, particularmente la ciudad de México, marchaba de maravilla y que, si mis valiosos servicios ya no eran indispensables, prefería ordenar un taxi e irme a casa porque por la mañana, según los mandatos de Lorenzo Ordaz, debía asistir a un congreso de especialistas en dermatología y hacer un par de entrevistas para el suplemento de *Salud*.

–¿A poco no te has enterado, Luis? –dijo el joven Cimontes, rozándose la esquina del bigote.

–¿Qué? ¿No me digas que Zedillo renunció y se ha nombrado a Cárdenas como



presidente interino? —respondí, diciendo para mis adentros: “Aquí viene este cuate a tomarme el pelo”. Y es que, dicho sea con honestidad, a veces me era inevitable contagiarme del humor visceral que se trezaba en las mesas de trabajo de *El Nacional*.

—Está corriendo el rumor, fuerte, muy fuerte, de que Carlos Salinas está en México. Parece que al muy cabrón se le vio esta tarde vacacionando en las playas de Huatulco.

—¿Quién te filtró esa información, Lalo? Yo he checado todas las fuentes y...

—Hace unos minutos me habló la directora y quiere que nos pongamos a investigar.

—¿La jefa te habló? Entonces es algo serio. Me carga la...

—Ni hablar, viejo. Si mañana otro periódico nos gana la nota, nos van a chingar. Toma esta agenda y despierta a Segura, Gabriela y Jorge. Esos güevones también deben ponerse a trabajar.

(Arturo Segura cubría la Presidencia de la República; Gabriela Velázquez, la Secretaría de Turismo; y Jorge Cisneros, Relaciones Exteriores.)

—Lalo, ya casi es la una de la mañana, hombre. No exageres.

—¿Qué no captas? Este *puede* ser un notición. Y la jefa quiere que verifiquemos esa información. Apúrate. De volada, porque tenemos el cierre de la edición encima.

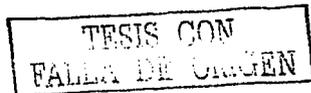
Sali como disparado hacia el escritorio. Abri la agenda y marqué docenas de números de teléfono. Por supuesto, la mayoría de los oyentes me envió al carajo. En especial los tres reporteros del periódico. “Déjame dormir, Luis. Si te cagan o no, ése es tu pedo. Por eso eres guardia, güey, porque *tú* tienes que obtener la nota”, tronó Jorge Cisneros. ¡Diablos!, lo que uno tiene que soportar con tal del noble objetivo de cumplirle al memo y despistado lector, me dije.

Senti vértigo, el piso moviéndose. Me toqué la frente otra vez. Si no tomaba algo, comenzaría a delirar. Pero no tenía ni siquiera una aspirina.

¡Diantres!

Luego del monumental fracaso de las llamadas, sintonicé la radio y el televisor simultáneamente. Pero —¡qué suerte tan jorobada la mía!— nada.

Escuché las pisadas de Lalo. Venía hacia mí. Se abalanzó sobre el escritorio. Como metralladora, su boca escupía palabras.



-¿Qué pasó? ¿Conseguiste algo? Oye, cabrón, estás pálido. Está bien que Salinas esté feo y orejón y que haya sido un ratero y un hijo de la chingada, pero tampoco es para que te pongas así por él, pinche Luis.

-No friegues, Lalo, qué no ves que tengo calentura. La cabeza me va a estallar. Y lo digo sin albur.

-¿En serio? Lo siento, viejo. Mira espero que te recuperes pronto, pero lo que ahora me urge es saber si alguien te dio un *rip*, una pista o algo sobre Salinas.

-No, Lalo. No logré absolutamente nada.

-¡Mierda...! Yo llamé a algunos amigos, a dos o tres políticos, inclusive intenté sacarles informes a las guardias de otros periódicos. Pero nadie quiso soltar prenda.

-Si otros reporteros saben algo, no te lo van a decir, Lalo. Como nosotros, ellos también están a la caza de la nota.

Nos miramos, desconsolados.

Me imaginé el hazmerreír que harían de nosotros los demás reporteros y redactores cuando se enteraran. Hombre, la redacción en pleno se iba a mofar. Y, además, las reprimendas de la directora y de Guzmán Díaz. Vaya día que nos esperaba.

¡Y mi maldita cabeza retumbando como tanque militar iraquí!

De pronto, uno de los editores llamó a Lalo.

-¡Hey, Cimontes, tu teléfono está sonando!

Cual *Pegasso*, Lalo voló -y no es metáfora- hasta su oficina.

A los pocos minutos, regresó.

La expresión de su rostro recordaba a alguien que estaba por acudir a un entierro.

-¿Quién crees que era, Luis?

-En este momento no estoy para adivinanzas.

-Era la jefa, güey.

-¿Estamos tronados?

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

-Dice que nos podemos dar por desempleados y liquidados si mañana, cuando reciba el periódico, no publicamos la puta nota de Salinas.

Azorado, recliné la cabeza en el respaldo del asiento y me llevé la mano al entrecejo. Ya los escalofríos cundían por los huesos. Literalmente, estaba hasta la médula.

-¡No's cierto, cabrón! ¡No se me espante! Sí, era la jefa, pero dice que nos olvidemos del *Orejas de Dumbo* porque ella ya lo recheó con los altos mandos y todo fue una falsa alarma. Como sea, dijo que estemos a las vivas. ¡Ya, pinche Luis, sonrie, góey! ¡Aún tenemos trabajo, viejo!

Juro que tenía inmensas ganas de reír, pero simplemente la fiebre dominaba mi cuerpo, mis músculos. Estaba a un *trís* de desmoronarme.

-Venga esa mano, mi Luis. Y ya vete, colega. Porque luego va a resultar que te moriste en plena guardia y yo voy a tener que escribir tu obituario.

TESIS COM
FALLA DE CARGEN

29 de septiembre, el último día: crónica de un cierre

Llovia.

Los alfileres de agua se clavaban en la noche. El viento zigzagucaba y se desdoblaba en ecos. La gente se apretaba a las afueras del Metro Hidalgo, en la colonia Tabacalera. Desde un hueco, yo avizoraba en el azabache horizonte el fragor evanescente de los relámpagos. Corrí, guareciéndome la cabeza con las manos. Alcancé la esquina. Me detuve. Los faros de los carros horadaban la húmeda oscuridad.

Seguí avanzando.

Desde lejos, percibi las camionetas de Televisa. Algunos camarógrafos, envueltos en sus chamarras amarillas, hacían tomas de las fachadas del edificio de *El Nacional*. Manuel Tinoco, reportero de la televisora, apostado en la recepción, solicitaba una entrevista con la directora.

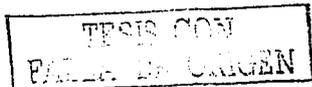
Con la mano frísimas, me peiné el cabello mojado. Mostré mi credencial al policía de seguridad. Antes de enfilarme hacia las escaleras, pasé a un lado de Tinoco, quien, sujetando el micrófono, insistía en su propósito. A la caza de la nota, pensé. Más tarde, aremolinado en la televisión, mis compañeros y yo escucháramos la voz de Guillermo Ortega Ruiz: "Por disposición gubernamental cierran *El Nacional*...".

En los diferentes pisos del periódico, la vida se vivía con agitación.

En los pasillos se oían intercambios de teléfonos entre amigos, también adioses o la promesa de verse más tarde, en un algún bar cercano, para beber la última copa. "A la salud del secretario de Gobernación, Francisco Labastida Ochoa", decía, socarrón, el reportero Jaime Balderas.

Era un secreto a voces que la decisión del gobierno de desprenderse de su órgano informativo había provenido de Labastida Ochoa quien, en busca de la candidatura presidencial priista, pretendía fingir una nueva transparencia en los medios de comunicación y una mayor igualdad, ante las constantes quejas y presiones de la oposición.

Mientras, Beatriz Iturralde, encargada hasta ese día de cubrir la fuente de espectáculos, recorría las oficinas editoriales, llorando, meciéndose la melena óxida, rojiza.



"No lo puedo creer, no puedo. ¿Y ahora dónde voy a encontrar trabajo?", se lamentaba.

Entré a la redacción.

Saludé a Ricardo, Samuel y Alberto, al tiempo que Xóchilt, mi jefa, me lanzó de sopetón:

-Luis, ¿quieres formar parte del directorio de desempleados de *El Nacional*?

-¿Qué?

Sus ojos nacidos de un diamante de África se orillaron en mí.

-Mira, únicamente dame tu número de teléfono.

Cumplí su petición.

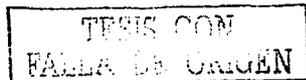
Después, me entregó una copia con los nombres y teléfonos de la planta de reporteros, redactores y correctores. En letras cursivas, en la primera página del singular directorio, podía leerse: "El primero que se coloque, llama a su compañero".

Me senté. Encendí la computadora, intenté concentrarme y dedicarle tiempo a la primera *cabeza* para la sección regional. Sin embargo, en el entorno, con razón, se imponía el desconcierto, la incertidumbre, el frenesí. Rostros preocupados, desánimo, palabras entrecortadas, sollozo y, súbitamente, rachas prolongadas de silencio. Un silencio fúnebre.

Y no es que a mí no me inquietara quedarme sin trabajo. Por supuesto que me preocupaba. Pero no podía hacer nada. Tan sólo asistir a la agonía y repetirme la famosa frase de Scarlet O'Hara en *Lo que el viento se llevó*: Mañana volverá a salir el sol.

Ser reportero contiene matices azarosos. Desde el comienzo uno adquiere un instinto contra la adversidad, contra el *confort* y la fácil obtención de los triunfos efímeros. Desde que tenía 18 años, los libros, el cine, la pintura, el arte, pues, han cultivado mi vida, mejorándola, educándome el alma y también amargándome la, pero nutriéndola siempre, ayudándome a comprender lo que encarna la realidad.

Esa noche, cómo olvidarlo, durante mi trayecto al periódico, leía sin tregua los desaforados poemas de Konstantino Kavafis. Los saboreaba. No podía abandonarlos. Ya fuera sentado en el microbús o apretujado en el vagón del Metro, apenas viera la posibilidad, abría el pequeño libro de pastas verdes. En esa ocasión, se rotularon en mi conciencia los versos finales de Ítaca:



*Ten siempre a Itaca en la memoria
Llegar ahí es tu meta.
Mas no apresures el viaje.
Mejor que se extienda largos años
y arribes a la isla con cuanto hayas ganado en el camino,
sin esperar que Itaca te enriquezca.
Itaca te regaló un hermoso viaje,
sin ella el camino no hubieras emprendido,
mas ninguna otra cosa puede darte.
Aunque pobre la encuentres, no te engañará Itaca.
Rico en saber y en vida, como has vuelto,
comprendes ya qué significan las Itacas.*

De pronto, Mario, Sergio y Javier, editores de Internacionales, llegaron hasta mi mesa, interrumpiendo mis cavilaciones y, jocosos, bromearon: "Oye, Luis, con la liquidación vamos a organizar un comité de desempleados y marcharemos a Los Pinos. Si gustas, cualquier adhesión es bienvenida".

Reí con ganas.

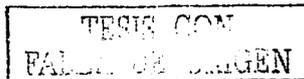
Pero mi risa se paralizó cuando el subdirector general, Javier Martín Miranda, caminó hasta el centro de la redacción y gritó, animando a quien lo necesitara: "Debemos ser profesionales y cumplir con ética. Entreguemos a la gente una edición digna de recordarse. Vayámonos con la frente en alto".

Algunas cabezas se asomaron por encima de los monitores de los ordenadores.

Sin embargo, la emoción que reinaba era la incredulidad. ¿Cómo aceptar que *El Nacional*, el diario gubernamental, con un tiraje que excedía su demanda real, con salarios desmesurados para sus reporteros y beneficios incontables para su sindicato, se hundiera irremediadamente?

Me levanté y bajé a los talleres.

En las rotativas el ambiente era desconsolador. Don Guillermo, jefe de máquinas, y otros viejos impresores compartían miedos, recelaban de lo que vendría, porque en un santiamén les sería arrebatado su feudo de tinta y papel, el espacio que los impelia cada noche a poner en marcha esas enormes moles de hierro. En el destierro, seguirían buscando en el aire el olor único e inconfundible del periódico recién hecho, el aroma que no flotaba en ninguna otra parte sino en su torre de Babel, en su casa que los había albergado por décadas y que ahora abandonarían en tan sólo unas horas.



Me dirigi hacia las escaleras. Cruzé el departamento de fotografía. Saúl Suárez, excelente maestro de la lente, desprendía de su mesa de trabajo algunas de sus fotos preferidas: una marcha estudiantil en la Plaza de las Tres Culturas, los corredores del estadio Azteca durante un clásico América-Chivas, las secuelas de un huracán en las costas del Golfo de México, niños drogados y tendidos en el asfalto, criaturas con excesivo maquillaje en la cara prostituyéndose en La Merced...

-¿Qué vas a hacer con tu liquidación, Luis? -preguntó.

-No lo sé. Viajar. Conocer La Habana, besar a una mulata. O largarme a España.

-Eres afortunado de ser joven y aún no tener hijos y esposa.

-¿Y tú, Saúl, cuáles son tus planes?

-Tengo pensado ir a dos o tres publicaciones. Si no consigo nada, montaré un estudio fotográfico a un lado de mi casa.

-Suerte.

-Igual. Cuidate.

Nos abrazamos y volví a la redacción.

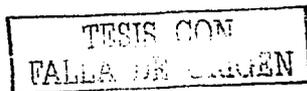
Son las cuatro cuarenta y cinco de la noche.

La madrugada se divierte en rizar la lluvia, en ensortijarla a mitad del cielo y hacer listones líquidos sobre la cabellera nocturna de las estrellas.

En el segundo piso, desde la ventana de la redacción, busco sin esperanza los límites exactos de la noche, la frontera donde surgirá la mañana, donde una luz al principio ocre y luego cristalina penetrará la suave arquitectura de las gotas que aún oscilan en los cristales y los techos de las casas.

La mayoría de los reporteros y personal de recursos humanos se marchó desde hace horas. No obstante, algunos editores, redactores y los encargados de las jefaturas decidimos esperar el tiraje de la última edición de *El Nacional*.

De pronto, distingo en un rincón, empotrado en una silla destantalada, a David Guzmán Díaz.



Su cara pétrea es sostenida por las manazas abiertas; los ojos semejan náufragos perdidos en un abismo inalcanzable, habitado por él y sus demonios.

Arribó a la última noche con sus atuendos de dictador: improprios, gritos, mentadas de madre, lengüaje soez que cuestionaba su, alguna vez, amorosa relación con los adjetivos.

Hasta el fin, se aferró a su isla de poder. No obstante, a partir de ahora vivirá un presente distinto. Menos endulzado por la miel del desdén.

Me acerco a su figura de saurio. Dormita. Le toco los hombros, la musculatura vibra bajo la camisa. Entreabre los párpados. Huraño, persigue con la mirada torpe al causante de su turbación.

-¡Maldita sea, qué pasa, qué quieren, carajo!

Alcohol en su aliento. Whisky.

-Señor Guzmán Díaz... -baluceo.

Cabecea. Recuesta la cabeza en una mesa. Empieza a roncar. Un hilo de baba cuelga de los labios protuberantes.

Desisto. No sé por qué me aproximé a él. No buscaba revancha o desquite. Porque no hay rencores. Ya es demasiado tarde para eso.

Amanece.

Y todo, absolutamente todo, ha terminado.

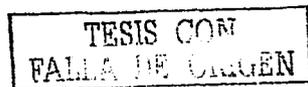
TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Tercera parte

Statesman Journal:

el amigo americano

(2000-2002)



He conservado esa soledad de los primeros libros. La he llevado conmigo. Siempre he llevado mi escritura conmigo, dondequiera que haya ido. A París. A Nueva York

Marguerite Duras

Esa salvaje, misteriosa, improbable clase de amor que nunca viene, sino una vez.

Raymond Chandler

Si dispusiera de medios para viajar y no me viera forzado a instalarme en un lugar para trabajar y ganarme la vida, no duraría más de dos meses en el mismo sitio. El mundo es muy grande y está lleno de países magníficos que la vida de mil hombres no bastaría para visitar. Pero no quisiera vagabundear en la miseria; me gustaría disponer de una renta de algunos miles de francos y pasar el año en dos o tres sitios distintos, viviendo modestamente y haciendo pequeños negocios para pagar mis gastos. Porque vivir permanentemente en el mismo sitio es algo que siempre me parecerá muy triste.

Arthur Rimbaud

El turista mira lo que ha venido a ver. El viajero observa lo que encuentra en su camino.

G. K. Chesterton

El gran placer de la escritura no está en acerca de qué se escribe, sino en la profunda música que las palabras hacen.

Truman Capote

Entre los prerrequisitos para ser escritor está el valor para fracasar, el valor para decir aquello que no puede decirse, sin importar la naturaleza del impedimento, el valor para decir aquello que nadie quiere decir, para decir aquello que nadie quiere oír -quien dice lo que los otros quieren oír es la televisión-, el valor al que me refiero es el de Sade, que se mantiene vivo 200 años no por su estilo, sino por su valor. En fin, valor para no querer merecer premios, y el peor de los premios es la consagración en vida.

Rubem Fonseca

He intentado poner al descubierto con la falta de reserva de una confesión de última hora, los términos de mi relación con el mar, que, habiéndose iniciado misteriosamente, como cualquiera de las grandes pasiones que los dioses inescrutables envían a los mortales, se mantuvo irracional e invencible, sobreviviendo a la prueba de la desilusión, desafiando al desencanto que acecha diariamente a una vida intensa; se mantuvo preñada de las delicias del amor y de la angustia del amor, afrontándolas con lúcido júbilo, sin amargura y sin quejas, desde el primer hasta el último momento.

Joseph Conrad

Mis aversiones son simples: la opresión, el crimen, la crueldad, la música dulzona. Mis placeres, los más intensos conocidos por el hombre: escribir y cazar mariposas

Vladimir Nabokov

Desempleado y bajo los dominios del editor Richard Luna

“Qué diablos”, me dije, envalentonándome. “Voy a ir al *Statesman Journal* y pediré hablar con el editor en jefe. Si me dan la oportunidad, bien. Verán de lo que soy capaz; y si no, ellos se lo pierden”.

Era junio y el aire se incendiaba en las silenciosas calles de Salem, Óregon, en Estados Unidos, donde yo vivía desde hacía un año.

Entré en la recepción con facilidad. (Por suerte, a diferencia de México, en Salem no hay policías apostados como capos a las afueras de los diarios, haciendo preguntas imbéciles y haciéndote sentir como un mosco panzurrado.) Una hermosa rubia de cabello rizado y labios de coral me recibió con una sonrisa estilo comercial dentífrico.

—Good morning, how can I help you? —dijo. Qué ojos, pensé, Meg Ryan es un espantapájaros comparado contigo.

—Hello, I am Luis Enrique Pacheco. I am a reporter. I would like to talk to Richard Luna, the manager editor.

—Ohh, I am sorry, but he's not here right now. Do you want to leave a message?

—Well... I rather to come back tomorrow. Anyvay, thank you.

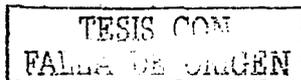
—Sure, bye bye.

A las 10 de la mañana estaba de nuevo en la recepción. Esta vez, fue otra mujer quien salió a mi encuentro. Esta, sin embargo, era mucho mayor; usaba anteojos y se teñía el pelo y su sonrisa delataba notables rastros de adicción a la nicotina.

Se dio un diálogo similar al que había sostenido el día anterior. Pero la suerte estuvo de mi lado en esta oportunidad; hacía unos minutos que Richard Luna había llegado.

—Can you repeat your name, please? —dijo, muy afable, la mujer.

—Luis Enrique Pacheco. I am a Mexican reporter.



-Okey, let me see if Mr. Luna can to see you.

Esperé. En un pestaño, la mujer estaba de vuelta.

-Go ahead, please. Mr. Luna is in his office waiting for you.

Apretó un botón. El sistema de seguridad se desactivó y la puerta se abrió automáticamente.

Avancé.

La redacción estaba desierta. Sólo en algunos pasillos del área administrativa se escuchaban voces, risas, el insistente timbre del teléfono.

Seguí caminando sin sospechar lo decisivo que sería en mi vida reporteril el encuentro que estaba por realizarse.

Richard Luna era un hombre regordete, de 46 años, de mediana estatura y ojos verdes, pero inspiraba confianza de inmediato. Lo vi dirigirse hacia mí, expectante, para extenderme la mano. Nos presentamos y me invitó a sentarme.

-What can I do for you, amigo?

Rápidamente, eché un vistazo alrededor: me desconcertaron los innumerables cuadros y pósters de Elvis Presley colgados en las paredes; parecían completamente ajenos a la sobriedad de los libreros y al desorden de docenas de periódicos amontonados a los lados del escritorio.

-Do you speak Spanish? -inquiri.

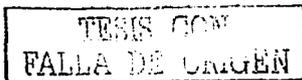
-Claro, nací en Texas. Mi padre era mexicano.

-¡Qué bien! Porque mi inglés es aceptable, pero está lejos de ser perfecto.

-Bien, como gustes. Yo no domino tanto el español, pero me defiendo.

Mentía. Su español era excelente.

-He vivido un año en Oregon -empecé- y estoy buscando trabajo. Estudié periodismo en México. Me desempeñé como reportero y redactor en algunos diarios. Y, bueno, si no es posible laborar con ustedes, al menos permítame venir un par de veces a la redacción y conversar contigo acerca de tus experiencias como periodista. Me ayudaría muchísimo conocer la clase de periodismo que se practica en otro país.



-¿Escribes y lees en inglés?

-Tengo conocimientos, estoy estudiando, pero te engañaría si te dijera que soy un especialista en gramática inglesa. Sin embargo, puedo aprender. Soy muy necio y perseverante. Y amo el periodismo. Es mi pasión. Al escribir, mi vida adquiere un rumbo, un sentido.

-¿Dónde estás estudiando?

-En el Colegio de Salem.

Luna trenzó las manos y ladeó la mirada. Reflexionaba. Nervioso, yo sentía el sudor correr por mi sien.

-Dame unos días. Quizá haya algo. No quiero prometerte nada. Déjame hablar con el editor ejecutivo, Steve Smith. Cada día se acrecienta la comunidad hispana y necesitamos abrir más espacios para ella. Anótame tus datos. Yo me comunicaré contigo la próxima semana.

Me senti feliz, como si me hubieran contratado en ese momento.

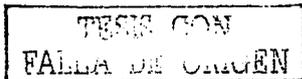
Estaba tan acostumbrado al modo autoritario y desdenoso como se estilaba tratar a los reporteros jóvenes en los periódicos en México ("¿Tienes cita? ¿De parte de quién vienes? ¿Estudiaste en universidad privada o pública? ¿Eres pasante o ya te titulaste? Mira, el jefe está trabajando en algo *importantísimo* en este momento y no puede atenderte. Déjame tu curriculum para archivarlo en el área de recursos humanos. Si en seis meses no te hemos hablado es porque no hay nada para tí"), que la franqueza y el respeto en las palabras de Luna fluyeron en mí como un bálsamo.

-Gracias por escucharme. Te lo agradezco.

-No es nada. Después de todo, somos colegas. Yo también fui joven y tuve la fortuna de que alguien me ayudara a abrirme camino.

Nos dijimos adiós y, antes de buscar la salida, tomé un ejemplar del *Statesman Journal* y juré que un día esas páginas albergarían un reportaje firmado con mi nombre y apellidos.

Afuera, el verano desnudaba los muslos de la mañana, abriéndolos sobre la sábana del cielo para besar la rosada hendidura y hundir la lengua en la líquida carne, en la salada agua que brotaba y vencía al deseo, a la sed ilimitada.



Iniciándome en el arte de traducir

No fue una semana, sino tres días después cuando Luna me habló. Y lo que me dijo me dejó estupefacto.

-¿Luis?

-¿Si?

-Soy Richard Luna. Acabo de ver a Steve Smith y queremos que esta misma noche traduzcas una nota.

-¿Traducir?

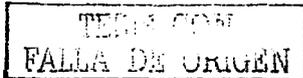
-Así es, hoy hubo una marcha de líderes latinos que demandan mayor igualdad para sus hijos en las escuelas. Lógicamente, publicaremos la nota en inglés, pero añadiremos una traducción, hecha por ti, para nuestros lectores hispanos. Veremos cómo sale el experimento. ¿Qué te parece? ¿Puedes hacerlo?

-¡Sí, sí, por supuesto que lo haré! -no daba crédito a lo que escuchaba; sencillamente no podía creer la oportunidad que estaban brindándome.

-Te pagaremos 100 dólares por la traducción. A partir de ahora, planeamos publicar varias traducciones al mes. Es un buen principio, mientras continúas estudiando. ¿Estás de acuerdo?

-¿Que sí estoy de acuerdo?! Por supuesto que sí. En media hora llego al periódico. Gracias.

Cuando entré en la redacción, en seguida Luna me llevó a una reunión en uno de los salones del diario para presentarme a los editores, *copydesk* y reporteros. Aunque había gente joven, predominaban personas que rondaban los 30 años, quienes discutían los titulares principales de la portada y sugerían la necesidad de que el *Statesman Journal* impulsara una mayor cercanía con los lectores a través de foros sociales y comunitarios. Pero, en particular, me llamó la atención la presencia de varias reporteras, quienes, sin maquillaje, vestidas con jeans y sacos abultados, también expresaban con firmeza opiniones, sugerencias, nuevas historias para futuros reportajes especiales.



Súbitamente, Luna interrumpió el debate.

-May I have your attention, please? I want you, guys, meet someone that will be around for a while. This is Luis Enrique Pacheco. He's a Mexican journalist and tonight he will translate a story for us.

Uno detrás de otro se presentó, mencionando su nombre, el cargo que desempeñaba y agregando un cortés *welcome aboard*. Yo, aturdido, asentía con la cabeza los saludos.

Después, salí con Luna del salón para volver a la redacción, donde Dan de Carbonel tecleaba sin parar la nota relacionada con la manifestación latina.

De nuevo, Luna hizo las presentaciones, me sentó en una computadora y luego se enfiló hacia su oficina.

-Avisame cuando termines la traducción -dijo.

De Carbonel tenía el pelo negro y crespo, usaba lentes y cuando se empantanaba en una oración hacía muecas y fruncía el entrecejo. Al concluir, me envió una copia del texto. De mi pequeño morral, extraje un diccionario y comencé a traducir con solvencia, sin titubeos. Mientras trabajaba, recordé cuán difícil había sido aprender a leer en inglés, cuando, recién desembarcado de México, con el *tumbaburras* a un lado, demoraba hasta tres horas en darle la vuelta a una sola página de una novela. Pero la persistencia, la disciplina y la pasión con que me entregaba a descifrar esos símbolos al final rindieron sus frutos.

Y allí estaba: asumiendo una pose de suma concentración y seriedad para disimular el miedo, la timidez, la incómoda sensación de ser observado y examinado minuciosamente. Sin duda exageraba, pero aún no me acostumbraba al entorno hiperactivo del lugar. Varias personas corrían de un lado a otro, entrando en una oficina, saliendo de otra, los teléfonos timbraban permanentemente, el parloteo en inglés. Algunos editores bebían café o fumaban. Los reporteros de deportes atendían los pormenores de un juego de beisbol en el televisor; otros, se enfrascaban en combates mortales con el lenguaje.

De pronto, De Carbonel se acercó:

-Is everything all right, Louis?

-Sure. The translation will be ready in shortly.

-You speak pretty good English.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

-Thanks.

-If you don't have questions, I'll go home. See you later.

-No, I don't. Bye. Take care.

Casi una hora después finalicé la traducción, redacté la *cabeza* para la nota y la envié con los *pagemakers* para que estos le dieran diseño y forma en la sección de noticias locales.

-58-

Luego fui en busca de Luna.

-La traducción está lista --le anuncié.

-Bien, déjame preguntarle a Dana.

Alzó el teléfono y conversó con Dana Highs, la jefa de redacción.

-Dice que todo marcha bien, Luis. Se aprobó que la nota de De Carbonel vaya en la portada, junto con un pequeño aviso acerca de tu traducción, la cual aparecerá en la segunda página.

-No creo que a muchos les simpatice la idea de las traducciones, Richard.

-Hemos pensado en eso, pero es algo que tenemos que hacer. Somos periodistas; nos debemos a nuestros lectores, y muchos de ellos son hispanos o de padres hispanos.

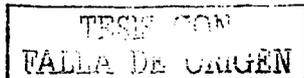
Hizo una pausa, fue a cerrar la puerta de su oficina y regresó con premura.

-Bien, Luis, ya has dado el primer paso. En la medida que tus habilidades progresen y logres soltura al momento de redactar en inglés, las cosas van a cambiar para ti. Por eso he pensado que no te hago ningún favor hablándote en español. Es indispensable que hables, pienses y escribas en inglés. Desde ahora, por tu bien, nos comunicaremos en inglés.

-Tienes razón.

-Empezarás como traductor, pero también necesitamos tu ayuda como intérprete para que auxilies a los reporteros cuando efectúen entrevistas con residentes latinos. El español de casi todos en este diario es muy pobre. Tú serás un valioso enlace. Por un tiempo, estarás a prueba. Veremos cómo se desarrollan las cosas.

-Richard, no puedo más que agradecerte por todo lo que has hecho por mí, por el apoyo y la confianza que me muestras.



-Espero que hagas un buen trabajo con nosotros.

Nos despedimos.

Mientras avanzaba por la salida del estacionamiento, oí que a mis espaldas alguien me llamaba. Me paré en seco. Desde una oficina se asomó un hombre muy alto, fornido, de bigote espeso y barba de tres días.

-I suppose you are Luis.

-Yes, sir.

-You seem very young. I am Steve Smith, the executive editor. Welcome and thanks for your help

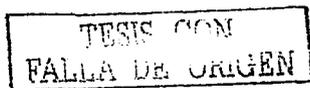
-No, sir, thank to you for this opportunity. I promise you I will do my best.

-I know you will - Smith sonrió con los ojos grises y me dijo adiós.

Llegué al estacionamiento, entré en el carro y arranqué.

La noche limpiísima se sumergía en la luz de la luna.

Durante el camino a casa, no quise preguntarme por qué, quién o de dónde me había sido devuelto el amado tesoro de escribir. Sabía que los sucesos que había vivido en los últimos días pertenecían al reino de la nada, al poderío imperceptible del azar y la casualidad, y que debía disfrutar el regalo y sentir cada noche futura como la última y la mejor. Gozar. Porque cualquier felicidad es breve como la lozania de la piel, como la sombra de una nube, como el esplendor de la luna que me acompañaba en la oscuridad, alumbrando la desolada carretera y salpicando de leche las ramas de los pinos.



Historias de rock: Jaguares en Portland

En un santiamén se desvanecieron más de seis meses en el *Statesman Journal*, vividos entre traducciones, estudios y colaboraciones. El periodo de prueba había quedado atrás y ahora me desempeñaba como reportero de asuntos latinos. A principios de 2001, Luna me incorporó al suplemento de *Weekend*, que publicaba todo lo relacionado con música, cine, arte y entretenimiento. El editor en jefe, Grey Montgomery, consideró que la escena musical hispana, integrada por innumerables grupos que durante el fin de semana se presentaban en las ciudades de Salem, Portland y Woodburn, merecía integrarse en las páginas del suplemento. Por ello, me ofreció escribir semanalmente una columna de música hispana y, al mismo tiempo, llevar a cabo entrevistas con las agrupaciones más destacadas, las cuales acordamos difundir tanto en inglés como en español.

Montgomery me adiestro con paciencia y rigor en la complicada sintaxis inglesa, orientándome en la construcción de oraciones concisas, poniendo especial énfasis en la relevancia de la *lead*, en encajar con ingenio, destreza y creatividad esa ansiada cita con el lector: el primer párrafo.

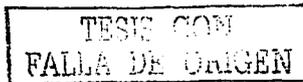
Un día, me enteré que la banda mexicana Jaguares daría un concierto en el Roseland Theater, en Portland. De inmediato, me concentré en conseguir una entrevista porque la intención de Montgomery era publicarla días antes de la actuación del conocido grupo de rock.

Llamé al promotor que había contratado a la agrupación, Tim Wallace, quien, a su vez, me proporcionó el número telefónico de Josh Norek, encargado de atender a la prensa durante la gira de Jaguares por Estados Unidos. En primer lugar, Norek me pidió que le enviara algunos de los trabajos que había realizado en el *Statesman Journal* y, en segundo término, solicitó un par de días para concertar la entrevista vía telefónica desde México con los integrantes de la banda.

Su primera demanda la cumplí sin contratiempos. La segunda, esperar, fue más desgastante.

El concierto estaba cercano, el tiempo se agotaba y, a pesar de los múltiples mensajes dejados en la máquina contestadora y de las docenas de correos electrónicos enviados, aún carecía de una respuesta favorable por parte de Norek.

Montgomery, mi editor, constantemente me apremiaba.



-¿Hay alguna noticia, Luis?

-Nada. Norek no responde mis mensajes. Ni fax, ni llamadas ni e-mails.

-No tengo la menor idea de cómo, pero tienes que lograr esa entrevista. Si lo haces, seremos el único medio que se ocupe de este evento. Le ganaremos la nota a *The Oregonian* y *Latino de Hoy*.

-Lo sé, lo sé, lo sé...

-Insiste y mantén los dedos cruzados...

Estaba inmerso en una traducción sobre el natalicio de César Chávez, el conocido líder campesino californiano, cuando el teléfono me sobresaltó.

-¿Diga?

-¿Luis Enrique Pacheco?

-¿Sí?

-Hablo desde México. Josh Norek me dijo que hablara contigo. Mi nombre es Alfonso André, baterista de Jaguares. A mi lado está Saúl Hernández y el guitarrista César López.

-Claro, claro, le agradezco que me haya llamado.

-Al contrario, gracias por promover el concierto.

Conversé con Jaguares durante una hora. Al colgar, volví a trabajar en la traducción de Chávez y luego comencé a redactar la entrevista porque, antes de verterla al español, necesitaba que Montgomery leyera y aprobara la versión en inglés y tan sólo contábamos con tres días antes del cierre de la edición del suplemento. Por si esto fuera poco, aún me faltaba entregar la columna sobre arte y música latinas.

Esa noche y las que vinieron fueron exhaustas y agotadoras como ninguna otra que recuerde, pero el desvelo valió la pena. Cuando publicamos la entrevista, recibimos muchos mensajes de felicitación; algunas personas se enteraron del evento por medio del

Statesman Journal y resaltaron el enfoque plural del periódico y el hecho de que un diario en inglés divulgara la presentación de un exponente tan sobresaliente del rock latino como Jaguares.

Empero, en el oficio periodístico, el descanso no existe.

Y, Montgomery, contento y satisfecho, corroboró este adagio:

-Luis, date una vuelta por Portland. Checa cómo van las cosas en el concierto y escribes *lo que quieras* para la sección de *Life*.

Tras una hora de camino desde Salem, arribé al Roseland Theater.

Furor, frenesi.

Está sonando *La célula que explota*.

Saúl Hernández agría la garganta y acaricia la guitarra con la sorpresa que a veces una mujer nos ofrece o nos niega la felicidad.

Su cabello enreda música, dolor cautivo, sonidos que enloquecen a la gente que, arremolinada alrededor del escenario, recibe la canción del vocalista como una segunda piel que protege su alma.

Luces de neón cayendo sobre los deslavados y ajustados pantalones de Hernández, los brazos desnudos volando hacia el pecho, empuñando la playera blanca y estampada de dragones.

A la sonoridad precede el silencio.

Silencio resquebrajado.

Los discos restallan en las batacas afiladas de Alfonso André.

La muchedumbre baila, se desgañita, ondea las banderas de México, fieles a la melancolía y condenados al destierro en la cárcel del dólar.

Olor a tequila, a cerveza. Paliacates arrojados al piso. Mujeres levantadas en hombros, sus blusas mojadas transparentan los pezones enhiestos, durísimos.

TESIS CON
FALLA DE CARGEN

Y luego César "El Vampiro" López.

Adelanta los hombros. Rasguea. Las cuerdas expulsan acústicos que taladran las rayadas paredes del Roseland Theater.

"Morir por lo que se cree y vivir por lo que se ama, así hay que morder cada momento", dice Hernández ya lanzando las primeras notas de *Mátenme porque me muero*.

Letras viejas. Letras que aún rechazan el olvido.

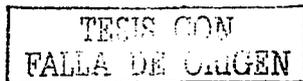
Algunos *rockers* de una ya lejana tercera generación forman círculos. Y la danza principia. El *stamni*, los empujones, el manoseo, las patadas. Hay vitores y chiflidos. Ojos inyectados en sangre atraviesan mi rostro.

La brasa de los cigarros quema la penumbra y tatúa con humo el aire caliente, sudoroso.

Los vi al entrar. A ratos los abandonaba y concedía que la mirada se extraviara y recogiera voces y actitudes. Pero regreso y los poseo de nuevo. Mis ojos los poseen. En una orilla del escenario, una mujer y un hombre, antes desconocidos, ahora descifran con besos el espíritu de la música.

Adivino en la lejanía las calles vacías, algunos cafés aún acogiendo a trasnochados y el río Columbia reflejando contra el horizonte las luces de los rascacielos que esbozan en la distancia los límites exactos de Portland. Presiento una espesa neblina fosforeciendo en la noche.

Y aquí Jaguares, su rock, sobrevive; intocado por el silencio.



2001: apuntes de viajero, una visita a Nueva York

Agosto 29

Mi amigo Alberto Trujillo me habló desde Nueva York. Me invitó a visitarlo, a conocer una de las ciudades que siempre me ha perseguido en los sueños. Después de más de un año en el *Statesman*, las cosas marchan bien. Aprendo. Las columnas, las traducciones, los reportajes fluyen sobre el ordenador con más precisión.

Septiembre 3

Conversé con Luna y Steve Smith para solicitar una semana de permiso. Quiero ir a esa ciudad inmensa, caminar por sus calles, pensar. Buscar alguna historia.

Septiembre 5

El permiso ha sido aprobado. Esta misma tarde fui a la agencia a comprar el boleto. En dos días tomaré el vuelo. Alberto se puso muy contento cuando supo la noticia. Tengo que apresurarme a hacer las maletas. No olvidar las cartas de Hunter S. Thompson, ni los ensayos de Paul Auster. Y, sobre todo, no olvidar este diario.

Septiembre 7

Muy poca gente en el vestíbulo del aeropuerto de Portland, tal vez porque el periodo vacacional concluyó. El vuelo está retrasado por dos horas. Emplearé ese tiempo en leer... Al fin en el aire, las nubes abajo, algodones inmensos. En seis horas, estaré en Nueva York. La primera impresión de la metrópolis será nocturna.

Septiembre 8

A pesar del retraso del avión, mi amigo aguardó por mí. Tomamos un taxi en el aeropuerto de La Guardia. En veinte minutos, llegamos al departamento donde vive con su mamá, su padrastro y su hermano Bryan, en el barrio de Queens. Las calles mal alumbradas. Restaurantes aún abiertos. En algunas esquinas, chiquillas colombianas, travestis. Basura. Se entrevén titilantes las luces del Shea Stadium, donde juegan los Mets de Nueva York. Esto fue anoche. Pero lo escribo antes de salir hacia Chinatown y Central Park. A ver qué voces, qué olores encuentro.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Septiembre 10

Recorrido por la Quinta avenida, visita al Museo de Arte Moderno, ascenso al Empire State. La vista es impresionante. La ciudad asemeja una maqueta viviente, con vehículos en movimiento y minúsculos hombrecillos caminando. A lo lejos, sobresalen las torres gemelas y el verdor del Central Park. Mucho turismo. Japoneses con cámaras filmadoras, empujándose entre ellos. El turismo estropea la belleza de las cosas. Desciendo y compro el *New York Times*. Busco el Metro para volver a Queens, al minilatinoinamérica en ruedas. El vagón concentra a gente de todas las razas, negra, latina, blanca, asiática. Mujeres colombianas y venezolanas muy hermosas, pero estresadas, sin luz en los ojos.

Septiembre 11

8:55 am

Alberto entra intempestivamente en el cuarto que comparto con el pequeño Bryan. Sacude mis hombros hasta que despierto.

—Luis, algo pasó en el World Trade Center. Parece que un avión se estrelló. Lo están pasando en la televisión, ven a verlo. Córrale.

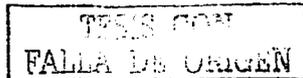
Me pongo lo primero que encuentro y salgo a la sala. Doña Emma, la mamá de mi amigo, ve el televisor con lágrimas en los ojos. Las imágenes son terribles. Cientos de personas, atrapadas por el fuego y el humo en la torre norte, piden ayuda sacudiendo pañuelos o haciendo señas con las manos. Nadie sabe con exactitud si se trata de un accidente o de un ataque terrorista. Hay mucha confusión. Aunque se teme lo peor.

Más adelante, otro avión se estrella en la torre sur. El miedo adquiere mayor dimensión. Las cadenas Univisión y CNN hacen enlaces continuos. Todos los programas se interrumpen. Esta vez no me cabe duda de que esto es algo planeado.

Alzo el auricular y llamo al *Statesman Journal*. Pero en Oregon apenas son las 5 y pocos minutos de la mañana. Dejo el número telefónico de Alberto y un mensaje en la máquina contestadora de Richard Luna: "Estoy en Nueva York. Ha ocurrido una catástrofe. Voy a salir a la calle. Veré qué averiguo. Te hablo después".

11:30 am

Las torres se desmoronaron. Se prevén miles de muertos. Mucha información, pero muy poco análisis. Ruido de sirenas. Ambulancias, camiones de bomberos, patrullas. Camino por las calles de Queens. El desconcierto se adueña de la gente. Algunos grupos de estudiantes se toman de la mano y rezan. El Metro está suspendido. El único modo de llegar a Manhattan es a pie. Son más de 15 kilómetros. Por momentos, volteo hacia el cielo en busca de otro avión, otro torpedo mortal.



A mi paso, encuentro personas huyendo del lugar de la tragedia; otras, vuelven a casa; y otras más, salen para encerrarse por sí mismas qué es lo que ha ocurrido con sus familiares o amigos que laboraban en las torres gemelas.

La ciudad es un caos. Como si se avecinara el mítico fin del mundo.

3:00 pm

Aún lejos de Manhattan. No hay acceso. Oficiales de policía desvían a los peatones. Todos quieren obtener información. "Mi esposo usa lentes, mide 1.80 metros, cabello negro. Trabajaba en el piso 75 de la torre norte. Su nombre es Mark Haws. ¿Lo conoce?, ¿lo ha visto?". Una mujer agarrándose a la esperanza. Escribo cuanto veo, la emoción que me provoca. No termina el ruido de sirenas. Mujeres, hombres, ancianos con el cabello empolvado.

7:30 pm

Regreso a Queens. Mi amigo Alberto está angustiado. No sabía nada de mí desde que salí por la mañana. "Un tal Luna ha estado hablándote varias veces. Me dijo que le llamaras cuando volvieras". Le doy las gracias y me disculpo. Estoy consternado, abatido. Aún tengo en los ojos los cientos de fotografías de las personas extraviadas pegadas por las calles. Las pequeñas ofrendas, las veladoras prendidas. Y más gente rezando. Buscando a Dios.

Marco a Óregon.

-¿Richard?

-¿Luis? ¿Estás bien? ¿Tienes información?

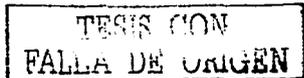
-Estoy bien. Lo que ha ocurrido es tremendo, Richard. En este momento me voy a poner a escribir y te mandaré un par de notas por correo electrónico.

-Sí, sé que es un infierno. Tara McLemore, nuestra corresponsal, nos ha mantenido al tanto. Pero también queremos que traduzcas tus notas al español. Publicaremos ambas versiones.

-Bien, hasta pronto.

Le pido a Alberto que me preste su computadora. En seguida, me encierro y me domina el espacio en blanco.

Estoy paralizado. No sé cómo o por dónde empezar.



11:20 pm

Envío tres notas en inglés y sólo dos de ellas traducidas. Al poco tiempo, Luna me manda un correo. "Las recibimos. Cuidate. Estamos en contacto. Rich". Me recuesto un momento. Es absurdo e inútil dormir. Me levanto y me asomo a la ventana. Apenas anoche, desde ese mismo lugar, distinguí las luces del World Trade Center. Y ahora eso ya forma parte del pasado, como las personas que perecieron. Pero sus historias ahí están, esperando que alguien las recoja y les dé voz.

Cualquier cosa puede suceder entre un instante y otro. La vida y la muerte.

Septiembre 12

Leo la edición del *Statesman* en internet. La portada es rotunda: "Ataque terrorista en Nueva York cimbra al país". En interiores, aparece una de las notas que escribí, acompañada de una introducción:

Luis Enrique Pacheco, reportero del Statesman Journal, estaba de visita en la ciudad de Nueva York. Estas son algunas de las observaciones y comentarios que obtuvo de la gente con que se encontró luego del ataque terrorista.

Era una mañana de cielo azulísimo en Nueva York. El sol caía sobre las ventanas de las torres gemelas del World Trade Center. Manhattan brillaba, hermosísimo.

Era como cualquier otro día en esta metrópolis.

Desafortunadamente, para miles de personas, fue el último.

"Sentí pavor, vi a gente corriendo, llorando. Fue una pesadilla", dijo Cindy Andrews, de 38 años, quien vive en la avenida Madison, cerca del lugar del ataque. "Cuando las torres cayeron, sentí un gran, profundo dolor. Esto es increíble. ¿Por qué? No puedo entenderlo".

Desconsolada, añadió: "Pienso en las familias de las personas que han muerto... niños, mujeres embarazadas, ancianos. No es justo".

En el barrio de Queens, donde vive gran parte de la población latina, los transeúntes se miraban unos a otros, impactados. Poco a poco, una extensa estela de humo y ceniza enlutaba el cielo.

A mediodía, a lo largo de las avenidas Quinta, Lexington, Park y Madison, cientos de personas con el cabello y las ropas empolvadas caminaban desesperanzadas, tratando de regresar a casa o de averiguar algo acerca de amigos y familiares que estaban en las torres al momento del atentado.

Antonio Martínez, de 31 años, señaló que el tuvo que caminar más de dos horas para volver a su hogar.

"Trabajo en Chinatown y vivo en la avenida Roosevelt, en Queens. No pude usar ningún medio de transporte para estar de nuevo en casa", menciona. "Espero que no haya muchos muertos, pero, siendo honestos, no lo creo. Esto fue horrible. Mucho peor que una película de Hollywood".

A pesar de la tragedia, en los barrios de Queens y Brooklyn, los centros comerciales, supermercados y gasolineras estaban abiertos. En las calles, la gente, sumida en la preocupación y la tristeza, sollozaba. Y todos miraban las noticias en la televisión.

El tiempo huía, pero la pesadilla seguía.

A ratos, Jim Yu, de 51 años, contemplaba el ahora grisáceo cielo de Nueva York.

"He vivido aquí durante 20 años y aun no puedo aceptar lo que sucedió. Estuve en ese lugar muchas veces. Los domingos, acostumbraba ir a las torres con mi hijo y mi nieta. Conversábamos. Nos divertíamos. A partir de hoy, nada volverá a ser igual".

TRIS CON
FALLA DE ORIGEN

Apago la computadora. Salgo a comprar periódicos y a ver qué piensan, qué sienten, qué temen los neoyorquinos.

Septiembre 14

Después de tres días del ataque, las muestras de odio, recelo y racismo han aumentado en la ciudad. La comunidad árabe es la más afectada. En las calles hay duelo y numerosas banderas estadounidenses ondean en las casas. Las actividades para buscar sobrevivientes continúan, aunque sin noticias positivas. Sigo recopilando testimonios, tomando fotos, escuchando. A veces los días parecen irrealles. El presidente Bush arribará por la tarde. Los motores de los F-21 vibran como navajas en el aire. Máxima seguridad. Se han dado órdenes para que sea derribada cualquier avión comercial que se acerque a la llamada "Zona cero", donde Bush visitará a los integrantes del cuerpo de rescate que en las últimas 72 horas han levantado escombros y cuerpos de víctimas. Los ventarrones del atardecer desvanecen el fétido olor a carne humana descompuesta.

Septiembre 16

Mañana volveré a Oregon. Hay reportajes que dejé pendientes. He mantenido estrecha comunicación con Luna; algunas de mis crónicas se han publicado. La corresponsal del periódico ha trabajado muy duro; la he ayudado cuanto he podido. Quisiera quedarme más tiempo. Escribir más. Investigar más. Pero Luna dice que me necesita en Oregon. Uno debe permanecer largas temporadas en las ciudades para conocerlas en verdad. Me parece que me voy incompleto. Espero regresar pronto.

Septiembre 17

Alberto me lleva al aeropuerto de La Guardia. Nos abrazamos ante las miradas sospechosas de los policías. Perros especializados en hallar explosivos husmean en los dobladillos del pantalón. La vigilancia está en apogeo. Abren maletas. Tal vez cierren el aeropuerto súbitamente, como ha ocurrido en los últimos días, por alguna amenaza de bomba. El avión se levanta. Desde la ventanilla, digo adiós a la ciudad que jamás será la misma. El nerviosismo está presente entre los pasajeros. La tensión contrasta con la calma y luminosidad del cielo. Releo las palabras de Hunter S. Thompson: "Quiero ser capaz de sobrevivir como escritor. Quiero una casa en algún lugar del oeste, alta sobre el risco de una colina para vislumbrar el mar del Caribe. Quiero suficiente dinero para comprar buen whisky y buena comida. Quiero estar enamorado de mi esposa y que ella se enamore de mí. Eso es todo. No quiero muchas cosas, pero las que quiero son importantes". El amor, pienso. El amor.

TEJES CON
FALLA DE ORIGEN

México-Croacia, un cuento de futbol

A finales de mayo de 2002, en una reunión, el reportero Alex Davis propuso que yo escribiera un artículo en relación con el mundial de futbol, el cual había comenzado días atrás. Luna, Smith y mi editor Grey Montgomery estuvieron de acuerdo e inclusive se mostraron muy entusiastas con la idea. Sin embargo, yo guardaba ciertas reservas y dudas acerca de cómo abordar la encomienda.

Conversé con Matt Misterek, editor de Locales, en busca de su consejo.

-¿Pero de qué escribo, Matt?

-No lo sé, Luis. Tienes la libertad de crear, de hacer lo que se te ocurra, pero bien escrito y que sea verídico.

-Estuve pensado en hacer una crónica sobre el primer juego de México.

-Bien, bien. Cualquier cosa es buena si agregas creatividad. Siéntete libre de escribir algo que te guste.

Y así lo hice.

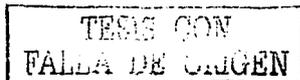
♦♦♦♦

Es domingo, casi medianoche. Un viento frío atraviesa como cuchilla el cóncavo y nocturno cielo de Woodburn.

La ciudad parece demasiado callada. Peluquerías, panaderías, tiendas y la mayoría de los restaurantes están cerrados.

La comunidad hispana está expectante y nerviosa. Aunque el lunes es día laboral, muchas familias están despiertas y rezan para que la selección mexicana de futbol derrote a Croacia en su primer partido de la copa del mundo Korea-Japón.

Voces y risas flotan en la entrada del restaurante Lupita's, donde el dueño, Martín Ochoa, está sentado frente a la ancha pantalla de televisión, junto con su esposa Rosario y su hijo Martín Jr.



El pequeño restaurante de Ochoa, ubicado en el centro de la ciudad, estará abierto hasta muy tarde esta noche. El juego se transmitirá en vivo por Univisión, la estación de cable en español que difundirá la mayor parte de los juegos para Estados Unidos.

Sólo algunos clientes han decidido acompañar a Ochoa, pero esto le tiene sin cuidado.

Del otro lado del mundo, en Niigata, Japón, el juego comienza. Ochoa cruza sus dedos, mientras se alista para gritar, aplaudir y echarle porras al *tricolor*.

-Amo el futbol -dice Ochoa con una sonrisa.

Primera mitad, minuto 20: David González, de 31 años, arriba a Lupita's ansioso y adormilado.

-¿Cuál es el marcador -pregunta a Ochoa.

-Aún no cae ningún gol -responde el anfitrión.

González ha venido desde la vecina ciudad de Wilsonville, donde estaba jugando billar con unos amigos.

-Iba hacia Salem, donde vivo, cuando pensé que sería buena idea pasar por Lupita's y ver el partido -explica.

González se acerca a la pantalla:

-Vamos, muchachos. Ustedes pueden ganarles -dice, la mirada fija en el televisor.

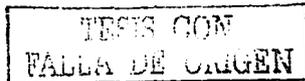
Y añade, cruzando los dedos:

-Tengo fe en ustedes. No me decepcionen.

Catorce minutos después, el delantero mexicano Cuauhtémoc Blanco controla un largo pase enviado desde la media cancha y avanza, casi solo, hacia el portero croata.

Blanco dispara. El arquero desvia el balón.

-¡Nooooo, no, no! -Ochoa y González gritan al unísono.



Rosario Ochoa mira impávida la repetición instantánea, la errata imperdonable. Después, camina hacia la cocina y exclama:

-¡Hombres!

♦♦♦♦

Segunda parte. Minuto 55: Gilberto Pérez, residente del poblado de Brooks, llega al restaurante, aumentando a tres los espectadores.

-¡Lo sabía! Estaba seguro de que alcanzaría a ver el partido aquí -señala, festivo, el recién llegado.

-Te perdiste los primeros 45 minutos. Aunque México ha estado jugando con coraje -menciona González.

Pérez pone atención a la pantalla.

-Éste no es un buen día. En basketball. Sacramento perdió con los Lakers. Pero México va a ganar -asegura.

Catorce minutos más tarde:

-¡Gool, gool, sí, sí, sí! -la voz de Ochoa se expande por todo el restaurante.

El delantero Blanco ha cobrado con acierto un penalty, luego de que él mismo fue derribado adentro de la medialuna de la portería rival. Así, México toma la ventaja 1-0 sobre Croacia. Ochoa, González y Pérez levantan sus botellas de cerveza y brindan con orgullo.

Minuto 88:

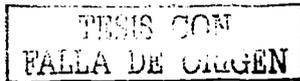
-Falta poco, casi lo consiguen. Por favor, no la vayan a regar. Resistan un par de minutos más -Ochoa suplica.

González continúa animándolos, como ha hecho desde que el partido comenzó.

Finalmente, el juego termina y Ochoa abraza a sus dos visitantes.

-Los veré el sábado, muchachos, para el siguiente encuentro de México -dice.

González y Pérez caminan hacia la puerta.



-Llegaré tarde al trabajo. Eso es seguro -apunta Pérez.

Los dos hombres se dirigen hacia sus carros. Es la 1:40 a.m.

Una solitaria luna brilla sobre la calle de Front, y la noche derrama silencio una vez más. Al menos, hasta el próximo cuento de futbol.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Cuarta parte

Latino Northwest Magazine:

los viajes sin fin

(2002 y contando)

La palabra es creadora: es imaginación, es pasión y atrevimiento. Del mismo modo que la canción se aúna con la voz que la canta, del mismo modo que el camino se aúna con la meta, del mismo modo que los amantes se funden en un abrazo, así el hombre se aúna con su destino, y lo amará como a sí mismo.

Isak Dinesen

Durante años he aspirado a ser un gran poeta. ¿Por qué no? Inteligencia, experiencia, sensibilidad, don verbal, curiosidad y pasión por el oficio... todo eso tengo y, sobre todo, el súbito don de contemplación de un ser o de una cosa, de penetración en un sentimiento que me sobrecoge igual que una emoción. Ahora sospecho que no pasaré de aficionado distinguido -si es que llego-, autor de unas pocas piezas incidentales por las que algún pequeño grupo de lectores se interesa amistosamente. Hay un resorte en mí que no funciona y siempre lo he sabido.

No la voluntad, sino la fuerza de convicción que mueve a la voluntad.

Y, sin embargo, mi vida ha estado y está determinada desde los diecinueve años por la idea fija de que yo era, de que yo he de ser poeta. Incluso ahora, ¿a qué otro fin aspiro, en qué otra empresa pongo mi propia estimación? Y esto es así aunque sepa que igual vale escribir o no escribir, aunque esté convencido de que ante la vida, y ante uno mismo, ser poeta es ser peor que una simpleza, es ser nadie. Porque estoy igualmente convencido de que el día en que yo deje de considerarme poeta, me será muy difícil considerar que existo.

Jaime Gil de Biedma

A veces, me pregunto por qué escribo. No se trata tan sólo de crear hermosos objetos o historias amenas. Es una actividad que me parece indispensable para permanecer vivo. Me siento terrible cuando no estoy escribiendo. No quiero decir que escribir me proporcione mucho placer, pero no hacerlo es aun peor.

Paul Auster

Bueno, hace tres noches que no escribo. ¿Debo volverme loco? Hasta en mis momentos más bajos siento el burbujeo de las palabras dentro de mí, preparándose. No estoy en un concurso. Nunca quise fama ni dinero. Quería poner la palabra en la página como yo quería, eso es todo. Y tenía que poner las palabras en la página o me sentía superado por algo peor que la muerte. Las palabras no como algo precioso, sino como algo necesario.

Charles Bukowski

Ni por un solo instante lamento haber vivido para el placer. Me entregué a él con la plenitud con que uno debe darse a todas las cosas.

Oscar Wilde

¡Qué extraña manía la de pasarse la vida consumiéndose a propósito de palabras y sudando para redondear frases! Hay veces, es cierto, que se disfruta enormemente, pero con cuántos desánimos y amarguras pagamos ese placer!

Gustave Flaubert

¿Quieres ser corresponsal?

En enero de 2002, fui a entrevistar a Roberto Barraza, integrante de la Unión Nacional de Campesinos Populares (PCUN, por sus siglas en inglés), una organización defensora de los derechos de los hispanos en Oregon. Al concluir mi trabajo, Roberto me hizo una pregunta que me llevaría a conocer a una de las figuras que determinarían el rumbo de mi vida en los siguientes meses.

-¿Hey, Luis, has leído la revista *Latino Northwest Magazine*?

-No.

-Pues Mario Zavaleta, el director de esa publicación, si ha seguido tus reportajes en el *Statesman*. Estuvo aquí la semana anterior, le dije de la entrevista que habíamos concertado y me pidió que te entregara su tarjeta para que te pongas en contacto con él. Quiere hacerte una interesante propuesta.

-Supongo que le hablaré. Gracias, Roberto.

No consigo recordar por qué, pero traspapelé la tarjeta. Sin embargo, semanas después, y para mi sorpresa, recibí una llamada de Zavaleta.

-¿Luis Enrique Pacheco?

-Sí, ¿con quién tengo el gusto y dígame en qué puede ayudarle?

-Soy Mario Zavaleta, director de *Latino Northwest Magazine*.

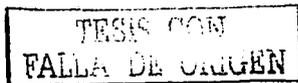
-¡Ah, claro! Roberto me dio una tarjeta suya. Perdóname que no le haya hablado, pero usted sabe cómo es el trajín de este oficio.

-Tutéame y no te preocupes. Estaba en casa, tomándome una copa y me dije si Mahoma no va la montaña, la montaña tiene que ir a Mahoma.

Era una voz rígida, pero al mismo tiempo lenta y pausada.

-Sí, conozco ese refrán -añadi.

-Mira, la revista la editamos cada dos meses en Seattle, Washington. Es bilingüe.



Intentamos cubrir lo que sucede en Washington, Alaska y Oregon. Llevamos tres años con este proyecto y hasta el momento va muy bien.

-Me gustaría leer algunos ejemplares. ¿Me los podrías enviar por correo, por favor?

-Sí, sí. Mi esposa Martha, jefa de Información, y yo también colaboramos para la cadena Univisión. Somos periodistas hechos en México, que emigramos, me imagino que al igual que tú, en busca de mejores oportunidades.

-El camino no ha sido nada sencillo, Mario.

Entretanto, algunos reporteros pasaban cerca de mi escritorio, intentando comprender un poco el contenido de la conversación que sostenía en español. No era la primera ocasión que esto ocurría mientras yo estaba al teléfono. Ahora, para ellos, mi idioma era valioso y querían aprenderlo a como diera lugar.

-Sé a qué te refieres -prosiguió-, al arribar aquí, diez años atrás, Martha y yo le entramos a todo: cocineros, lavaplatos, mensajeros, constructores..., y de pronto Univisión prácticamente tocó a nuestra puerta para que fuéramos sus corresponsales en el área del Pacífico.

-¿En verdad?

-Así como lo oyes. Estábamos a punto de olvidar que habíamos estudiado periodismo. Nuestras vidas estaban tomando caminos muy diferentes a los que habíamos planeado en la universidad: ahorrábamos dinero, compramos un local para abrir un negocio de comida y súbitamente el destino nos jugó una agradable sorpresa.

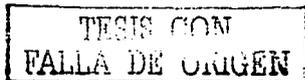
-En ocasiones te empecinas en lograr lo que quieres y fracasas; sin embargo, cuando menos lo esperas, el azar te recompensa.

-Es cierto, Luis. Ahora, contamos con la revista. Pero queremos crecer y contratar gente. Es el momento de ir por más o conformarnos. Y estamos apostando en serio. No nos interesa la información política primordialmente. Le damos preferencia al esfuerzo y desmpeño de las comunidades latinas en el noreste del país.

-Eso es loable, Mario. A mí la política me desagrada. Considero que el periodismo se hace en las calles, con la gente, y no oyendo tonterías y aberraciones en un congreso compuesto de personas ignorantes y corrompidas por el dinero.

-Y vaya que los hay en Estados Unidos.

-Sí, he conocido casos.



-Bueno, hemos seguido tu trabajo y queremos que participes con nosotros desde Oregon. ¿Quieres ser nuestro corresponsal?

-Mira, de antemano gracias por pensar en mí y leer mis artículos. La oferta me interesa, pero déjame pensarlo y hablar con mis jefes en el *Statesman*.

La propuesta de Zavaleta me halagó, pero de inmediato me desconcertó porque nunca creí que mi trabajo repercutiera de ese modo en otras personas.

-Voy a ser honesto contigo -continuó-: no podemos darte mucho dinero, pero sí libertad y respaldo en la realización de tu trabajo.

-El dinero es algo secundario. ¿Qué te parece si antes de aceptar tu ofrecimiento me envías varios ejemplares de la revista y, una vez que los lea, te doy una respuesta?

-De acuerdo. Entonces, mañana mismo te los mando y esperaré tu llamada.

-Sí, te prometo que esta vez no fallaré. Y, nuevamente, gracias Mario.

-Ojalá puedas incorporarte a nuestro equipo, Luis.

-Así lo espero.

-Hasta luego.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Tiempos de cambio

Con entusiasmo, acepté participar en la revista porque me convenció su contenido, dedicado a resaltar el rol de los latinos en todos los ámbitos del desarrollo estadounidense: artístico y cultural; económico y productivo; musical y educativo; periodístico y social.

Lógicamente, antes de agregarme formalmente a *Latino Northwest* conversé con Richard Luna y él no tuvo ningún inconveniente en que, cuando yo lo decidiera, comenzara a ejercer mis responsabilidades como corresponsal.

—Felicidades, Luis. Me alegro por ti. Pero recuerda que lo que escribes para nosotros no puede difundirse en otra publicación.

Las palabras de Luna resonaron como un prolongado eco en su oficina invariabilmente adornada por montones de periódicos.

—Sí, entiendo.

—Hace más de año y medio que entraste a mi oficina pidiendo una oportunidad. Y ahora, ya ves, la oportunidad viene a ti, respaldada por el trabajo que has hecho en el *Statesman*.

—Sé lo determinante que fuiste para mi inclusión en el periódico.

—Yo sólo te mostré el pastel, y tú lo devoraste con un ímpetu que sólo vi en las aulas de mi facultad de periodismo. Has trabajado duro.

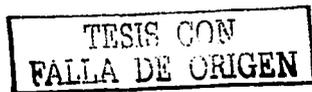
—Aún no he conseguido nada.

Se desanudó la corbata y se peinó el cabello crespo con la mano, observándome con incredulidad.

—¿Qué quieres, Luis? ¿Cuáles son tus planes?

—Lo mío es reportear. Reportear, siempre. Pero últimamente, me acosa con insistencia la idea de ir a México.

—¿México? Pero aquí está tu futuro, tú mismo has notado que aquí se valora tu esfuerzo y acabas de recibir la propuesta de *Latino Northwest*.



-No creas que no aquilato lo que tengo y el costo que he pagado para conseguirlo.

Su expresión se endureció por un momento. Despacio, envolvió el mentón desnudo con los dedos pulgar e índice y dijo:

-A veces, me desconciertas.

-Yo mismo no me entiendo, Richard.

-Mírate: reportero, traductor, corresponsal. ¿Qué más le pides a la vida?

Alzó los brazos como si quisiera palpar al viento y los dejó caer, inertes, sobre sus rodillas. Lo miré fijamente y, tratando de controlar mi apasionamiento, le solté:

-También quiero viajar a Europa, volver a Cuba. Terminar de un maldito tirón la novela que me carcome por dentro, escribir poemas. Creo que ir a México es algo inevitable. Lo necesito. Ver a mis padres. Tratar de encontrar un lugar donde escribir las historias de mi país, aunque estoy consciente de que no hay espacios.

-Los viajes vendrán, en su momento. Ten paciencia.

-¿Y si no llegan?

-Llegarán. Todo a su tiempo. Pero esto de ir a México, ¿es en serio?

-Tal vez.

Ni yo mismo entendía el porqué de mi confusión, pero en ese entonces veía mi futuro incierto, como si lo cubrieran anchas capas de niebla. Supongo que estuve cavilando por unos momentos, porque la pregunta de Luna me pareció ajena:

-¿Regresarías a Oregon?

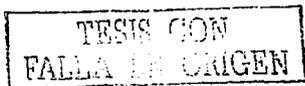
-Pero si tan sólo es una idea, Richard. Igual y nunca vuelvo a México.

-Luis, pon atención a lo que voy a decirte: quizá yo me vaya en julio a trabajar en el *Star*, de Indianápolis. Grey Montgomery se va en abril a Kansas City, a hacerse cargo del diario de su padre. Y a Steve le propusieron dirigir el *Spokane*, de Washington.

-No estaba enterado...

Tartamudeé. Afilé la mirada y me concentré en la voz siseante de Luna.

Se acercan tiempos de cambio en el *Statesman*. Quiero que sigas estudiando, preparándote, convirtiéndote cada día en un mejor reportero.



LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY

-Todas las personas que me han ayudado, ahora se van. Son varias señales. Tal vez sea la hora de un cambio para mí también.

De súbito, lo inundó el enojo, el malestar:

-¡Eso es absurdo! Tu lugar está aquí. Todos respetan tu trabajo en la redacción.

-Probablemente algo o alguien está aguardándome en México o en La Habana.

-Cuba, México, Europa o Estados Unidos... Como sea, la casa de un reportero es la hoja en blanco, el sitio donde está solo y escribe. No lo olvides, amigo.

-Hay muchas cosas que no olvidaré, Richard. Muchas.

-¿Y ya le dijiste a Mario Zavaleta tu decisión de trabajar con él?

-Todavía no. Primero tenía que hablar contigo. Supongo que cuando lo haga, me asignará mi primer reportaje.

-Eso te hará bien. Necesitas escribir. Dejar de pensar en cosas sin sentido.

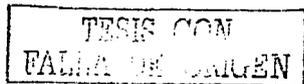
-Espero cumplir con ambos compromisos: reportero aquí y corresponsal allá.

-Acabarás jodidamente cansado, pero lo harás bien.

Ambos reímos, pero yo sentí que de nuevo el azar había movido mis cartas y que muy pronto sabría cuál mano me tocaría jugar esta vez.

Monólogo a traición: a la espera de Mario Zavaleta

Manejas sin prisa por Chemeketa Avenue. Te estacionas. Miras tu reloj. Aún es temprano. Entrás en el restaurante. Mario Zavaleta no ha llegado. Ordenas un tequila. ¿Qué pensará él de tu primer reportaje para la revista? Últimamente has escrito basura, falta fuego, valentía en tu prosa. Tal vez eso no importe. Quizá ya nada importe: sólo presenciar la tarde fundida en cobre, leer a Flaubert, gozar las películas de Wong Kar-Wai o Terrence Malick o Lans von Trier o Wim Wanders o David Lynch. Tu mirada callejea por Salem. Atraviesa las burbujas de luz, las flores naciendo. Marzo y la fugacidad del tiempo. Bebes. El alcohol escuece tu garganta. Reclinas la cabeza. Acude a ti, lentamente, el chantaje de la melancolía. Siempre has sabido cerrarle el paso a esa bruja de mierda. Pero esta vez te vence, la muy cabrona. Y sí, ahí está, la nostalgia calando, sólida. Casi tres años lejos. México y la puta corrupción. Y los lameculos en los periódicos. Apenas a tiempo huiste, apretaste los dientes y te largaste. Algunos colibríes saltan en los rosales que adornan la entrada del restaurante. Una rubia con ojos de perla y vestido entallado se sienta frente a ti, sus ojos inmensos. Te mira. Un instante sólo. Ah, las mujeres, suave remanso donde te perdías de la ebriedad del día. Las locuras que has hecho por ellas, por una sonrisa. Sin embargo, todas te han dejado. Ninguna supo resistir el embate celoso del periodismo, su áspero devenir, la manía con que se impone en tu vida y la domina a latigazos de palabras. En julio cumplirás 27 años. Tócate las ojeas, la piel caliza de los brazos. Envejeces. Duermes cinco horas al día, no conoces el significado de la palabra tranquilidad, apenas pruebas bocado, no trabajas —como la gente normal— ocho horas diarias. No haces planes para que en 30 años más puedas jubilarte y retirarte a vivir a una casa cerca de la playa. ¡Demonios!, como están las cifras de reporteros asesinados en el mundo, tal vez ni siquiera vivas 30 años más para retirarte. Pero no seas ingrato. Agradece que no tienes cancer pulmonar -bueno, ahora que lo mencionas, ¿cuándo dantes fue la última ocasión que visitaste al doctor?, ¿cinco, seis años?-, ni un cerebro atrofiado por la cabrona tele, ni una esposa dócil con el cabello entubado y mascarilla de aguacate que te espera en casa y te pregunta cómo estuvo tu maldito día mientras coge el portafolio y deshace el nudo de tu corbata y te dice que Miguelito va mal en la escuela y que este mes se vence el primer pago del carro y que es necesario que el fin de semana repares una gotera que está estropeando la alfombra de la sala, pero, recalca con voz melosa, no te preocupes ahorita, amorcito, vete a lavar las manos y comes, que te he preparado lo que más te gusta: sopa de letras y filete encorbollado. Nada más de pensarlo te dan arcadas. Aunque tu vida no es precisamente un derroche de virtuosismo. Veamos. Te despiertas solo —está bien, hay que ser honestos, no siempre; a veces alguna mujer te ve algo, no sé qué madres, y acepta hacerte feliz—,



arrojas el despertador por la ventana, te levantas, paladeas el sabor a tequila en tus encias, fresco todavía, miras en la mesa las hojas escritas, las rompes sin compasión y acaricias tu destartalada máquina de escribir, tan fiel, tan hechicera, tan resignada a ser tu única compañía porque todo el dinero te lo gastas en libros y discos de jazz y escapadas a Seattle y no consigues ahorrar para comprarte de una puta vez una computadora. Luego de bañarte y vestirte y mordsiquear un pan, miras con recelo la enorme pila de trastos sucios acumulados durante semanas en el fregadero. Como siempre, decides dejar la limpieza para mañana y sales a la calle. Arrancas tu maltrecho Honda 85. Aguardas algunos minutos a que entre en calor, no sea la suerte muy jodida y se te quede en pleno freeway. Llegas al *Statesman*, revisas tus ordenes: ir a Eugene a mediodía y entrevistar al líder tal de tal; por la tarde hacer dos traducciones; por la noche, ayudar a Jody a contactar a la familia Chávez para el reportaje de migración. Ya de madrugada, abres la puerta de tu apartamento, el hedor a humedad y encierro lastima tu nariz. Dejas el morral en el sillón. Enciendes la contestadora. Ningún mensaje. Reflexionas que debes mejorar tu vida social porque un día puedes morirte y ni quién se entere. Abres el refrigerador. Nada. Bueno, te conformas con destapar otra botella de tequila. Prendes el estéreo. Pones un disco de Ella Fitzgerald. ¡Ah, ese desgarré, ese dolor! Enciendes un cigarro. Vas a tu mesa. Insertas una hoja y reempiezas la novela que te ayude a vivir, a soportar la sordidez y el desconuelo. Escribes sin parar, con furia, el sonido metálico de las teclas penetrando la noche, haciéndola tuya. Adormilado, ves en tu ventana al sol echándose como perro sobre las montañas imponentes. Te diriges al baño. Orinas. Te mojas la cara y te parece oír detrás de ti la voz acusadora de Verónica, tu ex novia, qué desperdicio de vida, Luis, si te viera tu padre lo afligido que estaría el muy pobre, ¿cuándo vas a sentar cabeza y formar una familia? Si tú quisieras yo... Miras de nuevo tu reloj de pulsera, mientras el sol navega a mitad del espejo del mar y reverbera en las copas de los abetos. Sí, sí, en cuatro meses cumpliré 27 años, murmuras. (¿No fue Cioran quien dijo que nacer es comenzar a morir y vivir es morir poco a poco?) La vida que se te va, irreverente entre tus manos. ¿Y Mario? ¿Dónde estará? Ya vendrá, ya vendrá, te dices para tranquilizarte. Tal vez un atasco en el camino. ¿Le habrá gustado el reportaje? Quizá no colme sus expectativas. ¡Diablos!, qué tormento es la espera. Ordenas otro tequila. Sople un aire tibio, húmedo, la primavera ascendiendo de la dulzura de la nada y desbordándose en silencio sobre Salem. Ahora el alcohol te ofrece otros paisajes y distingues cortinas de nieblas sobre el mar. Acapulco, tu padre te muestra el azul cobalto de las olas. Y tu madre te llama desde la playa, Luisito, Luisito, ten cuidado porque el mar te puede devorar. Piensas en Puerto Escondido, ir con tus padres al volver. ¿Volver? ¿Qué sentido tendría fraguar el regreso? Con otro trago, apartas de tu mente esa idea. Y te acoges a la amistad de Conrad, Melville, Stevenson. Gloriosos piratas de la literatura asaltando tus sueños. ¡Qué lejos todo! La vida que vivías en México, los propósitos, la sed de entonces. ¿Y los amigos? Cierro, nunca fueron muchos. Apenas los necesarios. Pero ¿qué será de ellos? ¿Aún correrá por su sangre ese hábito de pasión por el periodismo, por escribir? Algunos, los menos, sobrevivirán y llevarán con orgullo las heridas de la derrota. Otros, los más, se dirán contentos por sus vidas tan vacías, preocupados más por el dinero, recibiendo cada día su ración de patadas en el culo,

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

renegando del oficio que eligieron. Tú, te dices golpeándote el pecho, ya un poco fuera de tus cabales, has soportado humillaciones, zancadillas, reveses rotundos que no te han matado. Y lo que no te mata, te hace más fuerte. Y sigues de pie, gozando las rachas de libertad ganadas a pulso y aún percibes en los calabozos de tu corazón esa incorrupta devoción por la escritura, por los viajes, por despreciar la cobardía y la traición y la estupidez, y por amar la valentía y la bondad y el derecho al deseo y la inocencia. Te imaginas abordando el avión hacia la ciudad de México. Los recuerdos acosándote como caballos desbocados. Te ves recorriendo la ciudad que abandonaste. Te ves entrando en la librería Gandhi, contemplando hasta el anochecer las hojas derramadas en la acera, la pluma en tu mano y la página sobre la mesa, virgen todavía. ¿Pero y lo que has hecho aquí? Las horas de fríega y enojo lidiando con tantas palabras extranjeras ¿Acaso podrías prescindir del asombro de la nieve o del desfile mágico del otoño embelleciendo Portland? ¡Mierda! ¡Ahí vas otra vez, Luis! ¡A veces pienso que eres un bodrio como reportero. Luis! ¡Sí, tú, tú, Luis Enrique Pacheco! Te lo digo yo, que te conoce como nadie. Yo, que estoy en ti, en el alcohol y en tu conciencia y en los pliegues de tu identidad. ¡Eres una burla como reportero! ¡Te la pasas haciendo poesía barata, buscando palabras bonitas! Y a una vida lastimera y perra como la que ladra en el mundo de hoy, sólo valen el desparpajo y el coraje y la huella y la brasa que deje tu escritura. Algo que sacuda y cimbre, algo que provoque la emoción más desconocida y temida y... ¡Cállate! ¡Al carajo contigo, seas quien seas, cabrón! ¿Que tú me conoces? ¡Patrañas! Porque yo soy un reportero! He vivido la soledad y el furor y el desapego de un reportero. Días y noches sin dormir, con el trasero pegado a la silla, escribiendo con desencanto, con rabia, con angustia, con piedad, con atroz zozobra de morir y no haber logrado una, una puta página digna de leerse. ¡Señorita, tráigame la botella! Llenas el vaso. Iracundo, golpeas la mesa. ¡Yo soy un reportero, me oyes, me oyes!, dices más para convencerme tú que para convencerme a mí. Conduzco tu ira hacia la transparencia del cielo, hacia el trozo azul a veces ensombrecido por el paso de una nube. Exhalas. ¿A dónde estás yendo? No lo sabes, no lo sabes. Ignoras tanto. Hay noches en que hasta tu propia alma te es tan extraña. ¿Y Mario? Si él estuviera aquí cesaría esta avalancha de pensamientos que te embota los sentidos y te desmorona. Discutirías con él los pormenores de tu reportaje. Y que vengan más, para eso vienes. Para parir palabras. Y que la vida vuelva a correr por el cauce de la razón. Te quitas el saco. Brindas por ti, por todos los que han amado como tú. De nuevo te toma el placer de viajar. De cruzar el Atlántico y vagar por Roma, París, Madrid, Londres, Amsterdam y volver a La Habana. Sí, La Habana. Llevar tu cuerpo, tus ojos que han visto tanto, al refugio de una mulata, de una hembra como sólo las has sentido en la isla. Lianet. Lianet. Lianet. Despertar bajo su mirada, la mirada más hermosa que ninguna mujer te regaló nunca. Al fin disciernes la silueta de Mario Zavaleta enfilándose hacia ti, apresurado. Intentas ponerte de pie. Oscilas. Tu viejo amigo el tequila jugándote malos ratos. Lo saludas, tratando de disimular la turbación. Muy apenado se disculpa por el retraso. Te felicita por el reportaje. Le ha agradado. Mucho. El estilo, el lenguaje, pero sobre todo, dice, la descripción de la convivencia con los protagonistas de la historia. Quiere que vayas a San Francisco. Que preguntes una crónica de viajero y tomes fotos. Aceptas. Sonríes. Tanto has vagabundeado. Recuerdas

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

los poemas de Whitman. Te prometes terminar de leer esa misma noche los reportajes que Bruce Chatwin escribió para la revista *Granta*. Aunque también podrías invitar a Verónica a cenar. Proponerle que vaya contigo a California. Con suerte, también quiera acompañarte a la cama. ¡Ah, el periodismo! ¿Cabe la posibilidad de evitar el fracaso? No. Imposible. La tarde discurre y gotea, incandescente.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Rumbo a San Francisco: evocando a Hunter S. Thompson

En la agencia Ford de Salem, renté un Acura 98, color negro, automático, con rines cromados, CD estéreo y *quemacocos*. En la cajuela, guardé tres mudas de ropa, algunos libros y utensilios mecánicos. Metí trescientos dólares en la cartera. Y ya. Estaba listo para partir. Antes de adentrarme en la autopista interestatal número 5, compré un mapa en la primer gasolinera que encontré, donde, por supuesto, también llené el tanque.

Era la una de la tarde y tenía por delante 12 horas de manejo hasta San Francisco, donde estaría durante tres días para tomar fotografías y escribir una crónica de viaje para *Latino Northwest*. En Salem, el clima era favorable: 32 grados de temperatura, cielo despejado y vientos esporádicos. La parte más difícil del trayecto se centraba en las montañas rocosas que forman la frontera entre California y Oregon, en Medford, donde, en ocasiones, debido a la altura, uno puede tropezarse con nieve y desprendimiento de pinos.

Decidí darme prisa y atravesar la zona de peligro antes de que anocheciera. Apenas ingresar en la autopista, tomé el carril de en medio. No soy muy proclive a sentirme conductor de Fórmula 1, pero tampoco soy una tortuga al volante. Pisé el acelerador y lo mantuve hasta que alcanzara los 110 kilómetros por hora. Hice funcionar el *quemacocos*, sintonicé una estación de música clásica en la radio y encendí un cigarro. Era el mes de abril y no había muchos automóviles. Pero había que ver cómo se ponía esto durante el verano: cientos de vehículos atestados, familias enteras con todo y perro o gato huyendo hacia Los Angeles, San Diego, Las Vegas o Reno.

Lentamente, iba dejando atrás pequeñas ciudades como Woodburn, Brooks y Eugene. No estaba muy seguro de con qué me toparía en San Francisco, pero la idea de manejar hasta allá en un Acura, vagabundear un poco y escribir un relato, y que además me pagarán por ello me sedujo desde el primer momento que Mario Zavaleta me lo ofreció.

Entonces, recordé las travesías de Hunter S. Thompson, reportero y escritor estadounidense, drogainómano y famoso *free-lance* durante los años 60 y 70, quien, precisamente en 1965, en el número 318 de la calle Parnassus, en San Francisco, escribió el largo reportaje que lo reveló como sagaz periodista: *Los Angeles del Infierno, una extraña y terrible saga*, una obra fruto de un año de salvaje convivencia con una singular banda de motoristas forajidos.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Libro valiente; sin embargo, mal escrito.

Pero quiero ir más atrás en los recuerdos, mientras el olor a hierba y cereza viaja a mi lado y Vivaldi atesora y hace inmortal el concierto en flauta en G menor y el vaho caluroso de la carretera flota en las mejillas púrpuras de abril.

En 1996, "conoci" a Thompson a través del seminario de prensa impartido por el profesor Edgar Liñán, quien durante una sesión entregó las fotocopias del reportaje "La gran caza del tiburón", en el cual Thompson viaja a Cozumel a cubrir un evento pesquero y, como es su costumbre, se ve envuelto en líos de drogas, dinero y huidas a salto de mata.

Esta vez me agradó el humor, el cinismo y la maestría con que Thompson dominaba el diálogo y la reconstrucción vivencial.

Cada ocasión que Liñán me develaba la existencia de un escritor o reportero, acudía a él en busca de más títulos y referencias acerca de la vida del autor "recién descubierto". Y con Thompson, no fue la excepción.

—Existe otro libro de este reportero americano —dijo Liñán—. *Miedo y asco en Las Vegas*. Creo que es el más recomendable. Lamentablemente, me parece que está agotado. Pero podrias ir a las librerías de viejo, en el Zócalo. Quizá corras con un poco de fortuna.

No sólo recorri los empolvados estantes del Centro Histórico, sino también los de avenida Hidalgo y el Metro Balderas, pero el esfuerzo fue en vano. No obstante, me hice de paciencia, continué la búsqueda y, durante tres años, con cierta regularidad, visité las librerías El Sótano, Porrúa, Gandhi y El Parnaso, sin olvidarme, claro, de acudir a las ocasionalmente milagrosas librerías del centro.

Aunque, invariablemente, la respuesta era más o menos la misma: "lo siento, pero ese libro está agotado".

En 1999, mientras vivía desempleado y feliz, hallé el objeto de mi obsesión — cuando estaba a punto de claudicar— en la sucursal de Gandhi en la calle de Miguel Angel de Quevedo. Finalmente, la editorial Anagrama había decidido reimprimir *Miedo y asco en Las Vegas*, luego de la aparición de la versión cinematográfica de esta obra, dirigida por Terry Gilliam y con Johnny Depp interpretando a Thompson.

Sin embargo, quise pensar que mis constantes acosos y exigencias contra innumerables libreros mexicanos también contribuyeron a salvar un libro hilarante, reflexivo y saturado de ácido y cocaína, que vio la luz en 1971, bajo la forma de reportaje, en la revista *Rolling Stone*.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Curiosamente, le correspondería a una obra de Thompson, *The proud highway* –que reúne algunas de las cartas del autor enviadas a editores, escritores, reporteros, poetas y amigos en el periodo 1955-1967– convertirse en mi primer adquisición literaria en Oregon. En una lluviosa tarde de diciembre de 1999, divagaba por una oscura y solitaria tienda de antigüedades y novelas vaqueras, en el centro de Salem, cuando advertí, oculto tras unas lámparas de cristal, el libro de Thompson.

En ese entonces, aún me acercaba con recelo y desconfianza al inglés escrito; sin embargo, con una naturalidad que aún sigo sin explicarme, tomé el libro de más de 600 páginas y me dirigí a la caja.

–Son \$3.75 –dijo una señora de cabellos encanecidos, casi anciana, levantándose los diminutos lentes y sonriéndome amistosamente.

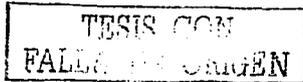
Pagué y me fui.

Desde esa pluvial tarde de invierno, el libro ha permanecido junto a mí, presentándose al principio desconocido y extraño, y después, poco a poco, a cada lectura, a cada leal hora dedicada al irresistible don de la pereza y la ficción, se ha vuelto familiar y rotundo, como una de las pocas posesiones que me han ennoblecido y mejorado la vida.

Existe una carta de Thompson, escrita cuando él sólo tenía 23 años de edad, dirigida a Irvin Doolcy, editor de *San Francisco Examiner*, en 1960, que relco infatigablemente, quizá porque contiene esa alquimia de idealismo, rebeldía y esperanza con que yo me hundo en el periodismo:

"(...) Quiero escribir y me importa un demonio lo que me pague por ello, siempre y cuando lo que me dé me permita vivir. No trato de decir que me proporcione una columna de inmediato, pero estoy sugiriéndole que podría contratar a un buen escritor, con agudeza y mente despejada. Dice que no hay vacantes, pero esto es patéticamente ridículo. ¿Qué hubiera ocurrido si el *Toronto Star* no hubiera tenido vacantes cuando Ernest Hemingway les solicitó trabajo? Como sea, si cree que al menos puede lograr un espacio temporal para mí –sin importar el salario que decida–, por favor póngase en contacto conmigo tan pronto como pueda. Hay trabajos que nunca haría por dos mil dólares al mes, y hay otros que haría feliz por 100 dólares".

Aún hoy, me basta contemplar *The proud highway* desde mi mesa de trabajo, dormido en el librero, a un lado de las fotografías de Lianet y las postales de Florencia, para volcarme sobre el ordenador y no rendirme y perseguir en mi memoria y mi imaginación la palabra siguiente, la palabra decisiva y total, lúdica y desnuda que colme la hoja prometida y todavía negada.



Luego de nueve horas de conducir, hambriento, cansado, soñoliento y con la espalda adolorida, opté por pasar la noche en una área de descanso cerca de Lodi, en Sacramento, ya que ni siquiera podía darme el lujo de hospedarme en un motel, pues contaba con el dinero necesario para sobrellevar los costos del viaje.

Así que salí del carro, estiré las piernas y avancé hacia una pequeña cafetería bajo el amparo luminoso de un cielo poblado de estrellas. En el interior del lugar, agradecí la falta de calefacción, busqué una mesa vacía y ordené café y cigarrillos. Fui al baño y al regresar me di cuenta que sólo algunos trailers, taxistas y yo manteníamos ocupada a la única mesera de turno.

De acuerdo con mis cálculos, todavía tenía que encarar 196 kilómetros para llegar a San Francisco y hasta el momento, como dicen los marineros, todo iba viento en popa. Pensé en enfilarme hacia la cabina telefónica que estaba afuera de la cafetería y llamar a Mario Zavaleta para informarle que mañana, antes del mediodía, estaría en San Francisco. Pero cambié de opinión. Probablemente, me dije, él ya está dormido y lo único que conseguiré es que me cuelgue de inmediato.

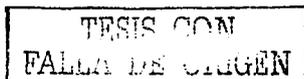
Bebí el café, fumé otro par de cigarrillos y, luego de dejar una considerable propina para la desvelada muchacha, volví al auto. Abrí la cajuela y saqué una cobija, que extendí a lo largo del asiento trasero del vehículo. Me descalcé los zapatos, me cercioré de que el carro estuviera cerrado con seguro y me quité el suéter que llevaba puesto y, doblándolo, lo usé como almohada.

Casi al instante, me dormí.

Me desperté el claxon de un tráiler y el primer frío del amanecer.

Con dificultad y varios quejidos, provocados por agudos dolores en las articulaciones del cuello y las piernas, me despeilé. Vi mi reloj. Eran las 8 de la mañana. Traté, sin suerte, de peinarme. Tanteé en el asiento delantero. Encontré una gorra. Me la calé hasta las líneas de las cejas. Afuera, el día clareaba. Una ardilla se deslizaba hábilmente por la corteza de un tronco, dirigiéndose una oblicua y nerviosa mirada. Con un pañuelo, limpié los cristales del vehículo, opacados por el rocío matutino. Fui a comprar más café y reempladí el camino.

El sol se levantaba por encima de los montes y desvanecía la frágil neblina que surcaba los sembradíos de fresa. Parvadas de pájaros en el cielorraso. Puse un disco de Bach y respiré con fuerza el aire salpicado de la dulce, la ebria sensación de escuchar la gloriosa lentitud del piano.



Aceleré.

Mi pecho perlaba de sudor. Era urgente darme un baño y deshacerme de una rijosa barba de tres días.

A gran velocidad atravesé los condados de Bolaño, Contracosta, Alameda y San Mateo, desgastando con fruición la distancia que me separaba de San Francisco.

No hay momento más excitante para un viajero que aquel donde distingue en el firmamento las trazas borrosas de la ciudad que lo aguarda.

A las 10:30, crucé el majestuoso Golden Gate Bridge a 100 kilómetros por hora y atisbé el mar rizado y la oscura y temible silueta de la isla de Alcatraz.

"San Francisco", dije, "al fin San Francisco", sintiendo en el rostro la brisa salada soplando desde la bahía; y en la mirada, el deseo inmenso de errar por aceras y parques y barrios.

Disponía de poco dinero, tres rollos fotográficos y un cuaderno de apuntes, y de hambre de crepúsculos y ansia de asombro para encontrar la historia que había venido a escribir.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Bracero

Permitasme decir que la propuesta fue mía. Primero, en octubre de 2001, se la planteé a Richard Luna, editor del Statesman Journal, en Salem, Oregon. Dijo que podría ser muy arriesgado. Añó vida correría peligro. No logré convencerlo. Seguí adelante. Después, en junio de 2002, volví a la carga y hablé con Mario Zavaleta, director de Latino Northwest Magazine, publicación de Seattle Washington. Debattimus los pros y los contras. Luego de unas tequilas, accedió: "Está bien, Luis. Vamos a hacerlo. Pero prométeme que vas a cuidarte". Por supuesto, le dije que así lo haría. A la siguiente semana, luego de hacer los contactos necesarios, volé a México para ver si me era posible entrar a Estados Unidos ilegalmente.

En agosto, al terminar la investigación de este reportaje, quizá debido a la crudeza de la experiencia, me vi envuelto en una gran crisis para escribir. Abruptamente, por motivos personales, decidí regresar a la ciudad de México. Para mi fortuna, Zavaleta comprendió y respetó mi decisión y supo darme el tiempo necesario para darle origen a "Bracero".

Juntos, acordamos aplazar la difusión de esta historia hasta que yo terminara de escribirla y volviera a Oregon. En el interés, sin embargo, he continuado mis pesquisas, buscando testimonios y dándole forma a una vorágine de palabras que, a veces, ha estado a punto de devorarme.

Por razones de espacio, y con autorización del editor, presento aquí un fragmento de este trabajo, que, por un lado, significa por mucho mi mayor experiencia periodística; y que, por el otro, debido a su extensión, aparecerá en tres partes, espero, a partir de la edición abril-mayo de Latino Northwest Magazine.

Estoy en la habitación 13 del Hotel Tres Coronas, en Aguaprieta, Sonora, esperando a Jaime, el coyote, para atravesar la frontera como bracero.

Atardece.

La canícula de junio es insoportable. El sol, inmisericorde, abrasa todo.

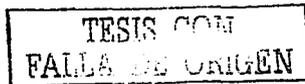
De pronto, escucho dos golpes sobre la puerta.

—¿Quién?

—Vengo de parte de "El Fello". Me llamo Jaime.

Abro.

Es un muchacho alto, la mirada furtiva. Viste una playera blanca, un pantalón muy ancho que casi arrastra, una gorra y lentes oscuros. Miro los tatuajes en sus brazos: calaveras, un Cristo, un unicornio.



En su voz hay decisión, coraje:

-Compra agua, mucha agua. Dos galones serán suficientes porque tampoco puedes llevar mucho peso. Consigue algo para comer, fruta o pan. Pero no olvides el agua, sin ella podrías quedarte a medio camino. ¿Vienes solo?

Asiento.

-Bien. Mañana vengo por ti a las 7 de la noche. La *línea* está caliente. Pero le vamos a dar un chingadazo a la migra, amigo. Ponte listo. ¿Preguntas?

-¿Cuántos días tenemos que caminar?

-Dos. Una noche la pasaremos en el cerro...

Desganado, me meso los cabellos.

-... Pero quita esa cara, coño. Confía en mí.

Jaime mira la angustia en mi rostro y sonríe, burlón. Se ajusta la visera y avanza hacia la puerta.

-Cierra con seguro, porque por las noches muchos *batos* locos intentan entrar a los cuartos para robar a los mojados. Ponte trucha porque te cabrán.

Oigo sus pisadas cada vez menos sonoras.

De nuevo estoy solo, sintiendo el sudor resbalando por el cuello, las sienes, la espalda. Tengo hambre, miedo y desesperación.

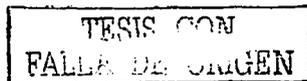
Voy al baño. Me arrojo palmadas de agua en la cara. Regreso y me tiendo sobre la cama minúscula. Algunas cucarachas corren por el piso, miles de mosquitos zumban en mis oídos.

En las cortinas del ventanal, la luz se desvanece lentamente. Pronto, en el dorado horizonte, surgirá la noche.

Lejos, se enredan los sonidos: risa de mujeres, música ranchera, voces de niños, los motores de algunas camionetas.

Decido cerrar los ojos. No pensar. No incrementar el pánico que provoca la incertidumbre. Mejor dormir. Lo necesito. Sí. Dormir.

Aunque mañana puede ser el último día de mi vida.



En la Central Camionera del Norte, con una mochila al hombro, tomé el autobús hacia Aguaprieta. Entre mis compañeros de viaje, había nicaragüenses, guatemaltecos, salvadoreños y, en su mayoría, mexicanos, quienes, como yo, intentarían llegar a Estados Unidos ilegalmente.

A pesar del temor y la tristeza en sus rostros, algunos reían, bromeaban en el estrecho pasillo del camión.

-Voy por dólares -lanzó uno.

-A ver si me *amarro* a una güera para arreglar papeles -se oyó desde atrás.

-Mis hermanos están esperándome en Los Angeles, bueno si llego -comentó otro.

El conductor parecía conocer el verdadero objetivo de nuestro viaje y encendió la radio y puso cintas de Vicente Fernández y José Alfredo Jiménez.

Varios empezaron a tararear las canciones.

La música, pensé, habita el recuerdo y lo ensancha; allí principia la nostalgia.

-Espero volver algún día -dijo Miguel, mi compañero de asiento.

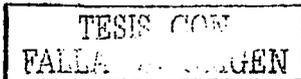
Miguel tenía 32 años. Desde niño había trabajado en el campo, cosechando maíz y frijoles en Chiapas. Pero lo que obtenía no le permitía sostener a su esposa y a sus cuatro hijos.

-Tengo que llegar a Nueva York y trabajar duro y mandar dinero. Nada más voy por un año o año y medio y me vuelvo -murmuró.

El autobús arrancó.

Por la ventana vislumbré la grisácea, desolada grandeza de la ciudad de México.

La débil luz del alba se desprendía del cielo esférico y limpio de nubes de Aguaprieta, y se estiraba como iguana sobre las cristalerías del autobús.



Tras dieciocho horas de un incómodo y molesto viaje por carretera, sólo embellecido por los oníricos paisajes contemplados en San Luis Potosí, Zacatecas y Coahuila, me sentía atolondrado y el amarillo del sol hería mis ojos, impidiéndome apreciar los cerros verdísimos del poblado sonorense.

Luego de descender del autobús, me hice a la tarea de buscar un taxi.

-Lléveme al Hotel Tres Coronas -pedí al conductor de un desvencijado Tsuru.

El desierto estaba cerca, a unos cuantos kilómetros.

Y el aire estaba cargado de lumbre, de ascuas que laceraban la piel.

En tanto el vehículo se adentraba en las calles polvorosas, pude distinguir a varios grupos de hombres, casi todos adolescentes, deambulando con morrales a la espalda y galones de agua en las manos.

-Están alistándose para *brincar* -replicó el taxista, como si respondiera a la curiosidad de mi mirada.

-¿Tú también vas hacia *El Norte*? -añadió.

-Sí.

-¿A qué lugar?

-Óregon.

-Uff. Eso está lejos, ¿no?

-Cerca de Canadá.

-Ojalá lo consigas.

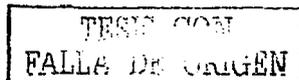
-Sí, ojalá.

Llegamos.

Pagué y bajé del taxi.

Entré en el hotel y pedí un cuarto.

-Aquí tiene la llave de la habitación 13 -dijo el recepcionista con voz oscura, como de cueva.



Apenas entré en el cuarto, dejé la mochila sobre el piso y tomé el teléfono.

Le expliqué a la operadora que quería realizar una llamada por cobrar a Seattle, Washington, y le di el número de Mario Zavaleta.

Esperé.

-¿Luis?

-Sí, Mario. Ya estoy en Aguaprieta.

-Bien. Necesito el número de tu habitación y el teléfono del hotel. ¿Cómo te sientes?

Estaba extenuado, sediento y con la rara sensación de ser el hombre más solitario del mundo. Pero tan sólo acerté a decir:

-Un poco agotado.

Después, le proporcioné la información que me solicitó.

-Ahora voy a comunicarme a Arizona, Luis, para darle estos datos al *pollero*. En unos minutos te llamo.

Colgué y me senté en la orilla de la cama.

Giré la vista: una televisión, una mesa, paredes blancas, moscas, humedad, cucarachas, una botella de agua...

¡Agua!

Casi me abalancé sobre el preciado líquido y, con una pericia fantástica, di cuenta de él.

Más adelante, el teléfono repiqueteó.

Era Zavaleta.

-En cualquier momento, un tal Jaime va a ir a tu habitación, tocará dos veces. Antes de abrirle, asegúrate de que venga de parte de "El Fello", ese es el apodo del *pollero*. Jaime va a ser el guía, Luis; él te ayudará a cruzar la frontera

-Espero que nos veamos pronto, Mario.

-Yo también. Vas a escribir tu mejor historia, Luis. Cualquier cosa que necesites, llámame.

-Lo haré, descuida. Adiós.

Al cabo de media hora, dos golpes secos sacudieron la puerta.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Finale

A mediados de la década de los años 90, conversé con el escritor Marco Aurelio Carballo. A pesar de la bruma que el tiempo siembra en nuestra memoria, aún conservo la sapiencia de sus consejos, la valentía y la determinación con que me dijo:

-No importa si entrevistas al presidente de Estados Unidos o a una humilde mesera de un restaurante lejano y solitario. Lo que importa, Luis, es cómo lo escribas y lo presentes al lector. Porque si no sabes escribir, lo de menos será el personaje que tengas enfrente. Con cualquiera, fracasará.

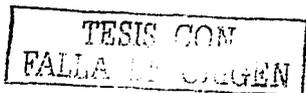
¡Cuánta verdad en sus palabras! ¡Y cuán necesarias en estos días!

Hoy, vivimos en un mundo lacerado por la violencia, las amenazas constantes de guerra y una humillante desigualdad social, que cada día se agrava peligrosa y preocupantemente. En este entorno, me parece que el periodismo requiere acoplarse a los nuevos tiempos y profundizar en su acercamiento a la realidad, penetrando con osadía en los acontecimientos, en lugar de tan sólo proponer una desdeñosa y oblicua mirada.

Ya no es suficiente el vano despliegue de la información. Es necesario agregar el análisis, la descripción, la narrativa y la reflexión para lograr que el lector comprenda con más precisión el suceso divulgado.

Si no dejamos de lado los vicios que han desprestigiado al periodismo, como la ignorancia, la impreparación y la soberbia, difícilmente podremos alcanzar la hondura y veracidad que reclama nuestro oficio. Basta ya de que el reportero memorice la estructura de la nota informativa y desconozca la libertad de dejarse arrastrar por el embrujo que contiene la prosa. Basta ya de que el comunicador se desenvuelva en su ámbito laboral con el uso pobrísimo e indignante de 600 palabras. Basta ya de que el periodista no lea y desprecie la literatura, el cine o la antropología como herramientas que le ayudan a contextualizar un hecho histórico y, al mismo tiempo, le permiten ofrecer al lector un texto contundente, documentado, ameno y sagaz que éste no abandonará tras la lectura de los tres primeros renglones.

A lo largo de mi informe de desempeño laboral, he expuesto brevemente la manera azarosa como me he formado como reportero, así como la relevancia que la reescritura constante de mis trabajos y la aventura prodigiosa de los viajes tuvieron en mi quehacer periodístico, aunque considero que todavía me falta mucho por aprender, ver y oír.



De igual modo, resalté con claridad mi inclinación por los reportajes vivenciales o de experiencia personal, donde el reportero viaja a lugares remotos, convive con la gente sobre la cual pretende escribir, padece y disfruta sus costumbres y alegrías y, sobre todo, procura escuchar y observar con respeto para poder entender y, más tarde, a través de la escritura, compartir la dimensión y los claroscuros de su vivencia.

En una ocasión, en Oregon, recibí una carta de un suscriptor del *Statesman Journal*, quejándose de que mi *traveling writing* translucía rebeldía y resentimiento. Yo, le respondí, no me esclavizo al odio ni a la obcecación; yo escribo para ser libre. Porque, añado, me considero un contador de historias; es decir, un hurtador de sonidos, de imágenes y palabras. Y cada día agradezco y me enorgullece lo que soy.

Y lo refrendo ahora, en la última página de mi informe de desempeño profesional, cuando avizoro la costa donde ha de concluir este periplo que empecé meses atrás para cruzar el océano de mi propio ser, para reencontrarme en el pasado y darle sentido al porvenir.

Desembarco con el tesoro de la gratitud porque, una vez pagado el precio, advierto que todavía puedo darme a lo que amo y defender lo que creo y habitar el espacio plural de las palabras.

Seguir. No vencerse sin importar la adversidad: en eso consiste el coraje, la pasión, el pudor, la bravura.

En Oaxaca, en la silenciosa casa de mis padres, oigo muy lejano el desgarrador canto de un gallo y el tañir de la campana tendiéndose en el viento. El alba se desliza hasta mi ventana, débil bajo el cielo aún violáceo de enero, iluminando en la penumbra de la habitación mis manos quietas sobre el teclado, atentas a mis recuerdos, esperando el vocablo que brote y las guíe.

Se impone, sin embargo, la inmovilidad, el callado rumor de la mañana.

No hay palabras.

Sonríe. Enciendo un cigarro para contemplar el nacer de la vida y la floración de la esperanza, y luego guardo silencio.

Aguzo el oído.

Escucho y persisto en mi amado ejercicio de contar historias.

